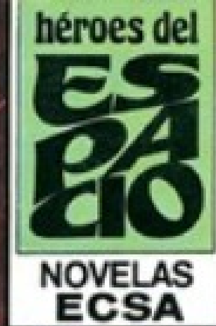
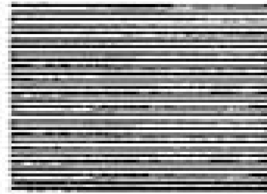


ORBITA MORTAL

LAW SPACE

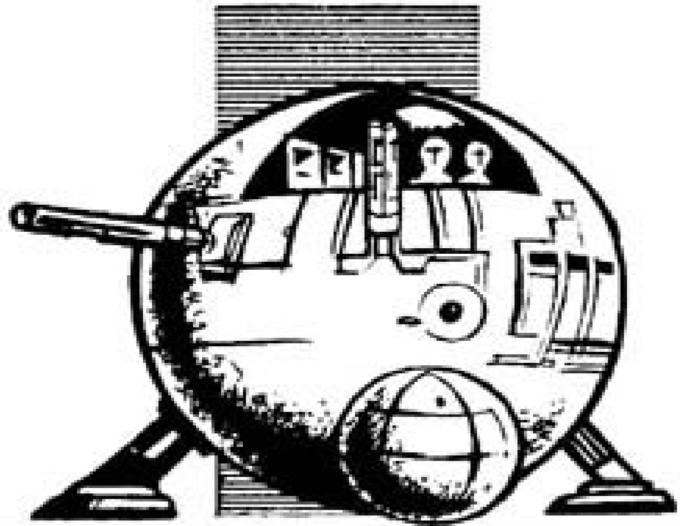


SOLO PARA ADULTOS



héroes del

ESPACIO



ECSA

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

30. — *Hombre cero* - Law Space.
31. — *El reino de los seres de hielo* - Joseph Berna.
32. — *La última barrera* - Clark Carrados.
33. —*¡Destruyan la Tierra!* - Eric Sorenssen.
34. — *Prisión espacial* - Joseph Berna.

LAW SPACE

ORBITA MORTAL

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 35
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (6)

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 30.748 - 1980
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: diciembre, 1980

Esta edición es propiedad de EDICIONES CERES, S. A. Agramunt, 8
Barcelona - 6
Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1980

RADIADO Y TELEVISADO POR TODAS LAS EMISORAS Y CADENAS DE LA FEDERACIÓN OCCIDENTAL, EL DÍA 25 DE SETIEMBRE DE 1989

«Tras haber perdido todo contacto directo con la nave espacial *Espoir*, se sigue rastreando su trayectoria. Modificaciones incomprensibles en el camino que había de seguir para regresar a la Tierra, la acercan fatalmente al "cordón de Spatial Defense" de la Federación Oriental.

»Las autoridades de esa parte del mundo afirman no poseer capacidad técnica que pudiera ayudar a la cosmonave. Existen, no obstante, registros de transmisiones realizadas en clave, que se produjeron después de la pérdida de control de la astronave. Nuestros servicios de criptolografía no han conseguido aún interpretar los textos radiados.

»Los especialistas de la base espacial Novo, formada por miembros de todos los países de la Federación Occidental, no han hallado ninguna explicación lógica a las anomalías que se han producido en la astronave.

»Se ha perdido toda esperanza de recuperar con vida a los cuatro ocupantes del ingenio; los norteamericanos Law Freedman y Laura Olson, y los soviéticos Igor Frechenko e Irina Federovna.

»Tampoco se espera, lógicamente, recuperar la nave, que se desintegrará al chocar con alguno de los satélites del cordón de Spatial Defense.

»Dentro de muy pocos minutos, la nave *Espoir* entrará fatalmente en una ORBITA MORTAL.»

CAPITULO PRIMERO

—¿Nervioso, hijo?

Law no contestó en seguida. Dio algunas ansiosas chupadas a su cigarrillo, aplastándolo después sobre el montículo de colillas que se había ido formando en el cenicero. Miró a la pantalla del televisor, agradeciendo íntimamente a su padre que hubiese silenciado el sonido.

En el brillante rectángulo de la pantalla, se veía ahora la gran estación espacial Mundo Uno.

—Sí, estoy un poquitín nervioso —concedió el joven.

—Ven a sentarte a mi lado, muchacho —sonrió Michael Freedman—. O seré yo quien acabe con los nervios a flor de piel. ¡Te paseas por la habitación como un león enjaulado!

Law fue a sentarse en el diván, al lado de su padre. La mano derecha de éste fue a posarse sobre el muslo de su hijo.

—Serás elegido, muchacho. Estoy seguro —dijo, dando palmaditas en la pierna del joven—. ¡Ojalá tuviese tus años y tu preparación para ir hasta esa maravilla de estación!

—Sí, es estupenda.

—¿Cuánto tiempo se tardó en montarla?

—Cinco años. Doce naves se lanzaron con todo el material necesario: seis occidentales y seis orientales.

—¿Su peso?

—Diez mil toneladas. Posee todo lo necesario para que cien ocupantes estudien en ella, sin necesidad de regresar a la Tierra, durante un período de seis meses. Va a convertirse, padre, en la mayor plataforma espacial de todos los tiempos.

—¿Y sólo servirá para hacer estudios espaciales?

Law miró fijamente a su padre.

—No, desde luego. Mundo Uno es capaz de llevar a cabo muchísimas otras tareas. Puede recibir a los navíos que vayan más allá de nuestro planeta, enviar sondas incluso más allá de nuestro Sistema.

—¿Nada más? —insistió Michael.

—¿Qué intentas decir?

—Muy sencillo, hijo. Como todo el mundo, estoy preocupado por

la existencia de esos malditos «cordones» de Defensa Espacial. Ya sabes que me he opuesto a ellos, incluso antes de ser senador, pero mucho más desde que pude sentarme en el Congreso.

—Lo sé.

—Ya teníamos bastante, antes del desarme parcial, con todos los silos de proyectiles que sembraban la Tierra. Se consiguió, no por completo, pero de manera altamente satisfactoria, que esos nidos de muerte fueran reduciéndose a un mínimo tolerable.

—Ya es algo.

—Sí, pero mientras desaparecían silos y rampas de la superficie del planeta, el número de satélites portadores de ingenios nucleares aumentaron en el espacio exterior.

—Se está hablando y negociando para reducirlos, padre.

—¡Palabras! Nosotros sí que lo hemos hecho, pero tampoco del todo. Lo que puedo afirmarte es que la Federación Oriental no sólo no ha suprimido ninguno de esos mortíferos artilugios, sino que ha incrementado su número. La prueba es que vosotros, si es que eres elegido, tendréis que estudiar una trayectoria de salida especial, para evitar ese cordón de muerte.

Law esbozó una sonrisa.

—No lo pongas tan trágico, padre. Al oírte hablar así, algún profano pensaría que ese cordón es, en realidad, un cinturón de muerte alrededor de la Tierra.

—¡No me tomes por tonto, hijo! Ya sé que se puede atravesar esa zona con suma facilidad, y que los malditos satélites de defensa no están colocados en fila, uno tras otro. Pero si una cosmonave se situase en esa órbita...

—¡Cielos, padre! ¡Qué cosas dices! Es como si dijeras que un hombre se introduce por la boca de un cañón. Las naves actuales pueden dirigirse mucho mejor que un coche en cualquier autopista. ¡Y un niño de pecho las manejaría sin dificultad alguna!

—Lo sé, lo sé. ¡Diablos! Sigues tomándome por un estúpido. ¿Olvidas acaso que tu padre es profesor de Cibernética?

—Perdona, papá. Es muy posible que los nervios me hayan hecho parecer incorrecto.

Michael se echó a reír.

—¡Lo que ocurre es que somos un par de idiotas! Estamos tan nerviosos el uno como el otro.

—Mira, padre: el locutor del Centro Uno.

—Es cierto. ¡Pon el sonido!

Law pulsó el botón del telemando; la voz del locutor invadió el silencio que se había hecho en la estancia

—«...Conocemos ya, señoras y señores, el nombre del elegido para formar parte de la tripulación del *Espoir*. Y hemos dicho "elegido", ya que nada se sabe aún quién será la afortunada representante de la Federación Occidental...»

—Las mujeres gozan con el retraso —sonrió Michael—. Tu madre llegó a la boda con diez minutos de demora...

—«...A lo largo de este extenso programa —siguió diciendo el locutor—, hemos ido presentando a ustedes la nave *Espoir*, explicándoles que su nombre en lengua francesa significa "Esperanza", y que fue por sorteo que se eligió, así como el idioma en que sería escrito sobre el cohete...»

—Está jugando con el público —dijo el hombre—. Debería haber dado ya el nombre del elegido...

—«...Y sin hacerles esperar más —sonrió el locutor—, he aquí el nombre del afortunado astronauta, votado casi por unanimidad por los miembros técnicos de Mundo Uno. Es, muchos de ustedes le conocerán en cuanto aparezca su foto en la pantalla...»

—¡Este hombre es capaz de volver cardíaco al telespectador más tranquilo!

—«...El joven Law Freedman.»

—¡Tú! ¡Lo sabía!

Law miraba a su propia imagen que aparecía en la pantalla. Su padre cogió el telemando de su mano, suprimiendo el sonido.

—¡Lo has conseguido!

—Sí, padre.

—A mí nunca me cupo la menor duda. ¡Sabía que serías elegido!

—Yo no estaba tan seguro.

—¡Esto hay que celebrarlo! ¡Sirve whisky, astronauta!

—Yo no debería beber, padre...

—¡Sólo un poco! Hay que celebrarlo. ¡Lástima que tu madre no esté aquí para brindar con nosotros!

Law se mordió los labios. Sus padres se habían divorciado un año antes.

—Lo habrá visto en Los Angeles.

Michael soltó una ruidosa carcajada.

—¡No te cases nunca, Law! Tú eres de mi casta. Hemos nacido inteligentes y polígamos, como otros nacen calvos y tontos.

—Por favor, papá...

—No seas hipócrita, hijo. Y hablando de mujeres, como te va con esa profesora de lenguas muertas con a que sales ahora? Enseña griego, ¿no?

—Arameo, padre.

—Es verdad. Lo que ocurre es que a mí, las lenguas de las mujeres me gustan vivas, no muertas.

* * *

La parpadeante luz de las velas colocadas en el centro de la mesa proporcionaba curiosos reflejos en la piel de la joven. Dejando la taza de café con la que terminaba la cena, Law siguió curiosamente el juego entre la luz y la sombra, mientras que en sus labios se dibujaba una tenue sonrisa.

—¿Piensas en algo divertido? —inquirió la chica con una mueca.

—Estoy comprobando lo hermosa que eres, incluso en condiciones de luz adversas —repuso él—. Es curioso, pero creo que nunca sabré exactamente cuál es el verdadero color de tus ojos.

—Son verdes.

—No en estos momentos. Han oscurecido notablemente, como si la escasez de iluminación les forzara a manifestarse más intensamente.

—¿Cómo los estás viendo?

—Verdes, pero de un verde profundo, como el de un fondo abisal. Cargados de misterio, huidizos como los animales que viven en el fondo de los mares. Fríos como esas mismas capas de los océanos.

—Puede que sea cierto parte de lo que has dicho —sonrió ella—, pero te equivocas en lo de frío. A menos que mis ojos sean incapaces de transmitir lo que estoy sintiendo.

—¿De veras?

—¿Quieres que te regalen el oído?

—Me encanta.

—Pues bien, señor astronauta: desde que me he enterado que has sido elegido, que pronto estarás en el lejano espacio exterior,

visitando esa monstruosidad flotante que es Mundo Uno, ardo en deseos de hacer el amor contigo.

—¡Por favor!

—Me importa un bledo que me oigan. Estoy diciendo lo que siento, como lo hago siempre.

—Entiendo, entiendo. Pero ¿por qué ese ansia desde que he sido elegido?

—Porque así podré ir contigo.

—¿Eh?

—No me refiero a que podré acompañarte en el viaje espacial —sonrió ella—. Desdichadamente, eso no es posible. Pero estaré a tu lado. Porque voy a hacer que me recuerdes. Porque dejaré impresas, de una manera indeleble, mis caricias en tu cuerpo. ¿Lo entiende ahora?

—¡Qué cosas tienes!

—¿Acaso no me consideras como una mujer apasionada?

—Lo eres. De eso no hay duda.

—Tengo que luchar en condiciones de franca inferioridad. Porque «ella» estará a tu lado.

—¿Ella?

—Debería haber dicho «ellas».

—¿Te refieres a las astronautas?

—No te hagas el tonto. No te va. Vas a estar con dos mujeres durante todo un largo mes.

—Y con un hombre.

—¡Bah! Conozco a los rusos. Los especialistas y los hombres de ciencia no piensan más que en sus asuntos. No te equivoques ni intentes engañarte, Law: vas a tener a dos mujeres a tu disposición.

—Sigues exagerando. O me tomas por un donjuán.

—No eres un donjuán, pero posees un atractivo particular. Eres inteligente y bien parecido. Y sabes amar. Eso lo sé bien.

—¡Cielos! Ahora que pienso lo que has dicho, ¡qué barbaridad! Estar celosa de dos mujeres a las que ni siquiera conozco.

—No estoy celosa. Lo que quiero es aceptar el reto que me hace tu viaje. Quiero vencer, a pesar de la distancia, hacer que me recuerdes, incluso cuando estés en la cama con una de esas mujeres.

—Sabes que te recordaré siempre.

—¡Muy galante! Pero yo sé lo que me digo. Me he enamorado de

ti, y te quiero para mí. Sólo para mí. Si ahora, por la fuerza, tengo que perderte, provisionalmente, al menos así lo pienso, durante un largo mes, he de tomar mis medidas para que, pase lo que pase, no puedas olvidarme.

—Te aseguro que...

—No eres tú quién ha de asegurarme; soy yo quien ha de hacer imposible que algo o alguien te separe de mí. Y ahora, cariño, ¿y si nos fuésemos? Tengo muchas ganas de estar a tu lado.

—Yo también.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando?

* * *

Michael penetró en la alcoba, corrió las cortinas para que el sol penetrase a raudales. Luego, comprobando que su hijo seguía apelotonado bajo las mantas, fue hacia el lecho, sentándose en él.

Golpeó la cabeza del joven con el periódico enrollado que llevaba en la mano.

—¡Despierta, Law! ¡Hay noticias!

Law se volvió lentamente, con los ojos cerrados, murmurando protestas en voz baja.

¡Vamos, hombre! Ya sé que has regresado a casa de madrugada. Mira. Ya conocemos a tus compañeros de viaje.

Law se frotó enérgicamente los ojos, que acabó por abrir, guiñándolos numerosas veces antes de fijarlos en la primera página del periódico que su padre había desplegado ante él.

—¡No veo nada! —se quejó aún medio dormido.

—¡Míralos bien! Aquí tienes a tu compañera..., en el buen sentido de la palabra.

Law consiguió finalmente enfocar su mirada. Vio la foto de una joven rubia, muy hermosa, que parecía sonreírle desde, el periódico.

—¿Quién es?

—La señorita Laura Olson.

—¡Ni idea!

—Una joven brillante, ayudante de cátedra en Boston.

—¡Una bostoniana!

—No pienses más en eso o voy a temer que seas un obseso sexual. Todas las bostonianas no son frígidas y presbiterianas. Además, malo

si empiezas a pensar en llevar a la cama a una compañera en una misión tan importante como ésta.

—¿Y quiénes son ésos?

—Los rusos. Igor Frechenko e Irina Fedorovna. Fíjate en ella, hijo. ¡Es una verdadera preciosidad!

—No me interesan las rusas.

Michael volvió el periódico para examinar las fotos de los dos soviéticos.

—Es curioso —dijo al cabo de unos instantes—. Desde que he recibido la prensa y visto la cara de este hombre, intento recordar algo.

—Hace quince años que no vas a Rusia, padre. Ese hombre debía ser un niño o un muchacho. Debe parecerse a alguien al que viste allá. Aunque me extraña que recuerdes las caras de los hombres. Si fuera la de la madre de esa... Irina.

—¡No seas mal pensado! Además, ¿no estás orgulloso de haber heredado de tu padre un excelente gusto en lo que a faldas se refiere?

Law se sentó en la cama, lanzando un suspiro al tiempo que se frotaba enérgicamente las piernas.

—A veces, no es orgullo, padre. Sobre todo cuando me encuentro molido como me ocurre esta mañana.

—Una noche trabajosa, ¿no? —sonrió el hombre.

—Los doce trabajos de Hércules y algunos más. Es como si hubiese pasado un montón de horas intentando detener con las manos la lava de un volcán en erupción.

—Estás hablando de la profesora de lenguas muertas, ¿no?

—De la misma. ¡Diablos! Déjame salir de la cama, padre. Voy a meterme debajo de la ducha para ver si me despabilo de una vez.

Michael fue a sentarse en uno de los sillones cercanos a las grandes ventanas desde la que se veía una gran parte de Manhattan. El hombre se había llevado el periódico consigo y, extendiéndolo sobre las piernas cruzadas, volvió a concentrar su atención en la foto del cosmonauta ruso.

—«Igor Frechenko —leyó en voz baja—, nacido en Minsk. Después de terminar un ciclo de estudios en su ciudad natal, pasó a la Universidad Técnica de Leningrado en la que obtuvo el título de ingeniero electrónico. Más tarde, fue destinado a una de las plantas

de montaje de cosmonavíos en la ciudad espacial Kosmogradov 3. Hace un año, tuvo ocasión de acompañar a los tripulantes de una de las naves de montaje de la plataforma internacional Mundo Dos, que ahora se dispone a inaugurar oficialmente, en compañía de la camarada Irina Fedorovna y los dos astronautas americanos, Freedman y Olson...»

Aquel rostro.

Michael se esforzaba por hurgar en sus recuerdos, buscando afanosamente el lugar, el sitio y la ocasión en que le parecía haber visto a alguien «exacto» al astronauta ruso.

—¡Diablos! —gruñó lanzando lejos el periódico—. No hay nada que hacer.

Y después de encender un cigarrillo, suspiró diciendo:

—Me estoy volviendo viejo.

—¡No digas eso, padre! —exclamó Law.

Acababa de salir del cuarto de baño, envuelto en una amplia toalla. Se acercó al sillón ocupado por su padre, y sonriéndole:

—¿Qué te ha ocurrido para que pronuncies esas feas palabras? La vejez, lo sabes mejor que yo, es un estado de concesión que el hombre hace a su propio proyecto como criatura.

—¡Bobadas!

—Tú mismo me lo has dicho infinidad de veces, padre. La vejez es un estado de claudicación que hay que evitar. Me decías también que es preferible que un hombre diga que va a morir pronto, a que afirme que está envejeciendo.

—La memoria me falla.

—¡No digas eso! Sigues dirigiendo, desde hace un buen montón de años, la planta de creación de nuevas máquinas cibernéticas. Has ideado decenas de tipos de esas cosas. Has ganado premios y tus trabajos han llenado cientos de páginas de libros, sin contar con los que has escrito.

—Eso no impide que envejezca.

—No estoy de acuerdo. Tu mente es más activa que cuando tenías mi edad. Muchas veces, ya era hora de que te lo confesara, he envidiado tu cerebro.

—No es para tanto.

—Tampoco he olvidado tus palabras: «Si el hombre es una criatura inteligente, su mente forma parte de su esquema como

especie, por lo que su vida se sale de las normas de la existencia de los otros seres vivos.» Lo que quiere decir, padre, que el hombre sólo envejece cuando su cerebro deja de funcionar normalmente.

Michael sonrió.

—Vosotros psicólogos, siempre andáis buscando tres pies al gato... ¡Espera!

—¿Que ocurre ahora?

—¡Acabo de recordar lo que estaba buscando!

—¿Y qué buscabas padre

El hombre se puso en pie, yendo a recoger el periódico que yacía sobre la alfombra.

— ¡Ahora se donde vi una cara igual a ésta! —exclamó.

CAPITULO II

—Cuéntamelo mientras me visto. ¿Qué hora es?

—Las diez menos diez.

—Tengo que apresurarme. Estoy citado, a las doce, en el despacho de Mortimer, el director de la operación Mundo Dos.

Dejó caer la toalla que le cubría, empezando a vestirse.

Durante unos instantes, Michael contempló con arrobo el cuerpo joven y atlético de su hijo. También él había consagrado mucho tiempo a los deportes, y todavía podía mirarse en el espejo sin sonrojarse.

—¿Y bien? —insistió el joven.

—Fue hace diecisiete años —empezó diciendo Michael—. Estábamos en pleno auge de los organismos de control internacional. Por aquel tiempo, el mundo se preocupaba de muchas cosas, deseando que la humanidad fuera un poco más «humana».

—La quimera de siempre.

—No lo creas, Law. Trabajábamos con buena voluntad. La prueba es que tuve que ir a Rusia para, en compañía de un grupo de especialistas internacionales, juzgar el caso de unos trabajos llevados a cabo por un tal profesor Frechenko.

—¡El mismo nombre que el del astronauta!

—El mismo nombre y el mismo rostro. Se parece a su padre como dos gotas de agua entre sí.

—¿Qué había hecho el padre?

—Saltarse a la torera las leyes internacionales limitaban los trabajos de cibernética.

—¿Concretamente?

—Voy. Aquel hombre había colocado un cerebro de un antropoide en la cabeza de un robot.

Law se echó a reír.

—¿Qué quería conseguir con eso? ¿Mejorar a los robots o degenerar a los monos?

—No lo tomes a broma, hijo. Desde que la cibernética alcanzó un alto grado de desarrollo, nos dimos cuenta en seguida, cuando tuvimos que acudir en ayuda de la medicina, de las posibilidades positivas que existían en esa colaboración, pero también de los

peligros que podría acarrear la mezcla de las dos disciplinas.

—Me interesas, padre.

—Los médicos acudieron a nosotros, cada vez con mayor frecuencia, buscando devolver la normalidad funcional a sus pacientes. Recuerdo que los primeros trabajos de colaboración se llevaron a cabo en enfermos de tumores cerebrales, que habiendo sido operados exitosamente, habían perdido, con la porción de cerebro enfermo extraído, algunas facultades de la mente.

—Sigue.

—Determinados sistemas electrónicos de finísima textura, realizados con una minuciosidad extraordinaria, verdaderas maravillas de la minutirización, se colocaron en la cabeza de esos pacientes, consiguiéndose que se estableciera un contacto casi perfecto entre los tejidos vivos y las estructuras artificiales que nosotros habíamos fabricado.

—Te entiendo. Pero presumo que las áreas cerebrales dañadas eran las más elementales. Zonas motoras o sensitivas sin trascendencia para el trabajo de integración total del cerebro.

—Desde luego, desde luego, señor psicólogo. No intentamos hacer objetos que ayudasen a pensar a los pacientes. Como acabas de decir, mejoramos sus percepciones y su motilidad; es decir, hicimos que sintieran y se movieran como antes de la operación.

—Lo que reduce vuestros maravillosos sistemas a la simple calidad de «prótesis».

—Tratas con demasiada rudeza la cibernética, hijo mío. Siempre has sido así.

—Porque se ha demostrado mil veces, padre, que ningún sistema cibernético, ningún cerebro electrónico, ningún ordenador, puede conseguir trabajar como lo hace el cerebro humano.

—Lo sé, lo sé. Y me alegra, como hombre, que sea así. Nosotros, como acabo de decirte, no pensábamos en inventar nada que supliese a la mente humana; pero cuando nos percatamos que las relaciones entre nuestros circuitos y los tejidos del cerebro empezaban a llevarse bien, sin rechazo de ninguna clase, nos dio miedo.

—¿Miedo?

—Sí, miedo.

—No lo entiendo.

—Tú conoces la mente humana mejor que yo, Law, y sabes que

aunque no se pueda llegar al centro de ese misterio, que sigue siéndolo, es muy sencillo, lo ha sido desde siempre, interferir en el camino de las ideas hacia el exterior.

—Es verdad.

—Hay un símil que siempre me ha gustado: si consideramos la mente humana como alguien que está en una casa, pensaremos que esa persona, para comunicarse con los demás, necesita una serie de medios que, en nuestro ejemplo, podría ser el teléfono, la radio…, o lo que sea.

—Entendido.

—Nadie, lo he dicho antes, puede penetrar en esa casa y dañar al que la ocupa. El núcleo de la personalidad, lo que se denomina a veces alma, está fuera del alcance de quien intente llegar a ella.

—Perfectamente de acuerdo.

—Pero no ocurre lo mismo con los «medios de comunicación». En el ejemplo de siempre, si bien nadie puede entrar en la casa, se pueden cortar los hilos del teléfono, alterar la transmisión por radio… ¿No es verdad?

—Pues claro que sí. Las drogas, el alcohol e infinidad de sustancias pueden alterar esas comunicaciones, de modo que cuando la personalidad, que no ha sido dañada, envía un mensaje, éste se altera por completo.

—¡Perfecto! Pues bien, mi querido psicólogo: nuestro miedo era producido exactamente por eso: el temor a modificar las comunicaciones entre la persona y su entorno. Como ya se ha conseguido en animales y, desdichadamente, en algunos humanos.

—Lo sé.

—Recuerdo unas experiencias que vi en España, hace mucho tiempo. Habían colocado unos electrodos en el cerebro de un toro de lidia. Lo echaron al ruedo y, por medio de un procedimiento de teledirección, obligaban al animal a seguir el camino que el del aparato transmisor deseaba, obligándole incluso a chocar con la barrera, aunque, lógicamente, el toro no lo deseaba[1].

—Tienes razón.

—Por eso se legisló seriamente sobre los límites de la Cibernética. Y volviendo a nuestro famoso ruso, la comisión internacional de la que yo formaba parte, le prohibió terminantemente que siguiera con aquella experiencia, amparándose en un artículo de la Ley de

Cibernética que dice que no se autoriza la mezcla de tejidos vivos de cualquier origen con aparatos creados por el hombre.

—Muy bien hecho; aunque nada tiene que ver lo que hizo el padre con ese astronauta, ¿verdad?

—Yo no estaba acusando a nadie, Law —gruñó Michael—. Estaba intentando simplemente recordar dónde diablos había visto yo esa cara. Y ya lo sé.

—Lo que demuestra que no eres tan viejo como crees —sonrió el joven.

* * *

La secretaria señaló una puerta lateral del gran vestíbulo.

—Tenga la amabilidad de pasar ahí, señor Freedman. El director le recibirá en seguida.

—Gracias.

Law empujó la puerta, cerrándola cuidadosamente tras sí. Nada más penetrar en la amplia sala de espera, vio a la mujer, de espaldas, junto a uno de los ventanales, mirando hacia el exterior.

—Buenos días.

Ella se volvió.

Law estaba acostumbrado a ver mujeres hermosas; podía decirse, sin ánimo de exagerar, que era un especialista en cuanto a belleza femenina se refiere. Pero, en aquella ocasión, y mientras su aguda mirada recorría el cuerpo de la mujer, tuvo que rendirse a la evidencia, confesándose en su fuero interno que se encontraba ante algo sencillamente excepcional.

Ella era morena, con los cabellos cortados muy cortos, lo que realzaba la armónica redondez de su rostro. Ojos claros, nariz singularmente respingona, labios llenos y carnosos que enmarcaban una boca ni pequeña ni grande, largo cuello de cisne…

El resto, bajo el traje sastre que llevaba, se manifestaba claramente en la desafiante fuerza de sus senos, la curva línea de sus caderas, la forma de los recios muslos que se dibujaban tras la estrecha falda, y más abajo la finura de unas pantorrilla perfectas sobre unos pies pequeños que yacían en el interior de unos lindos zapatos, de idéntico color al del bolso que sujetaban las enguantadas y pequeñas manos, de tacón bastante alto.

El rostro le recordó inmediatamente la foto que aquella misma mañana le había enseñado su padre.

—Si no me equivoco —dijo mientras se dirigía hacia ella, exhibiendo una sonrisa afectuosa y divertida—, usted es mi futura compañera de viaje.

Ella no sonrió.

—En efecto; soy Laura Olson, y usted ha de ser forzosamente el señor Law Freedman.

—El mismo, aunque no tan «señor» como usted afirma. ¿No cree que deberíamos empezar por el principio.

—No entiendo.

—Apeando el tratamiento. Vamos a pasar más de un mes juntos. Lo lógico es que empecemos a considerarnos ya como buenos amigos. Law y Laura, llanamente. Y a tutearnos…, ¿no?

Sin perder un ápice de la serenidad que parecía emanar de toda su persona, Laura abrió el bolso, extrajo un cigarrillo y mechero, encendió el pitillo, y mirando al hombre a través del humo que se escapaba lentamente de su boca:

—No me gusta usted, señor Freedman.

—¿Eh?

—He dicho que no me agrada. No me gusta su manera de mirarme, la pedante actitud que parece dominar su personalidad evidentemente ególatra. En una palabra: me es usted tremendamente desagradable.

—¡Arrea! Me deja usted de piedra.

—Me limito a decir lo que pienso. De todos modos, y desde el momento en que conocí la identidad de quien iba a formar equipo conmigo, procedí a ciertas investigaciones. Por eso no me ha cogido usted desprevenida, señor mío.

—De acuerdo, de acuerdo. Usted ha investigado sobre mí, cosa que jamás me hubiese atrevido yo a hacer.

—Hubiera perdido lamentablemente el tiempo. Además; ¿por qué rebajarse a investigar mi personalidad, si un hombre como usted considera que todas las mujeres son iguales?

—Creo que va usted demasiado lejos, Laura.

—Señorita Olson. No estoy dispuesta a autorizarle ninguna clase de familiaridad. Somos dos colaboradores en un proyecto de la mayor importancia. Punto.

—Si desea que sea así…

—Así lo quiero.

—Está bien.

—Y ahora, señor Freedman, sin querer parecerle descortés, voy a seguir mirando el paisaje, ya que por el momento no tenemos nada importante que decirnos.

—De acuerdo.

Se volvió ella hacia el ventanal.

Todavía bajo los efectos del golpe que acababan de propinarle, Law retrocedió unos pasos, yendo a sentarse en uno de los sillones. Encendió un cigarrillo, mirando la hermosa silueta que se recortaba en un claroscuro, contra la zona iluminada del ventanal.

¡Maldita sea!

Ni siquiera le había dado tiempo a reaccionar. De memoria de hombre, Law no recordaba que jamás le hubiese ocurrido una cosa como aquélla. Y no era que se considerara irresistible —era demasiado inteligente para dejarse llevar por una estúpida vanidad —, pero conocía sin falsa modestia sus peculiaridades, y se sabía positivamente simpático.

¡Al infierno con la petulante señorita Olson!

Si verdaderamente deseaba que sus relaciones se limitasen a lo estrictamente necesario, así se haría.

Pero, en el fondo, haciendo que ya gozase por anticipado, Law conocía demasiado a las mujeres como para no pensar que, tarde o temprano, en el curso del viaje espacial o en la plataforma, ella tendría fatalmente algún momento de debilidad.

¡Entonces vería lo que es bueno!

Fue en aquel preciso instante cuando una voz impersonal, procedente de algún altavoz oculto, rompió el denso silencio que reinaba en la sala de espera:

—Tenga la amabilidad de pasar.

* * *

Ella frotó apasionadamente su cuerpo desnudo contra el del hombre.

—No estás aquí, cariño.

—¿Eh?

—Que estás ausente —insistió Nelly—. Has hecho el amor como un robot.

—¡Con cerebro de simio! —dijo él, echándose a reír.

—¿Qué has querido decir?

—Nada. Cosas que mi padre me ha contado.

—¿Y ella?

—¿Ella?

—Sí. No disimules. Cuando te he preguntado lo que habías hecho hoy, has sido muy breve, extremadamente parco, cuando has hablado de tu encuentro en la oficina de Mortimer con esa Laura Olson.

—He sido lo breve que la cosa merecía.

—¡Mentira! Tú me ocultas algo. Pero no es necesario que me lo digas. Lo adivino.

—¿De veras?

—Sí. Esa mujer te ha dejado como un trapo. Lo he notado en tu cara, en lo poco que has puesto de ti mismo al tomarme. Nosotras, las mujeres, comprendemos muchas cosas que escapan a los hombres.

—¡Sois muy listas!

—Así que... la corderita ha resultado ser una tigresa, ¿no?

—Sólo una pobre estúpida.

—No digas eso. Una mujer como Laura Olson puede ser cualquier cosa, pero no estúpida.

—Peor aún: una frígida. No hay más que verla. En cuanto le eché el ojo encima, me dije que me encontraba ante una estatua de hielo.

—¿Por qué no se rindió a tus cautivadoras sonrisas?

—¡No digas bobadas, Nelly! Es una traumatizada. Se nota en seguida. ¿Sabes una cosa?

—Di.

—No sé si te lo he dicho antes, pero yo tengo un excelente olfato, en el sentido neto de la palabra. Me basta acercarme a una mujer, olerla, para darme cuenta de si está satisfecha o no.

—Entonces, tu olfato falla. Porque tienes a tu lado a una mujer absolutamente insatisfecha.

—Deja que siga. Una mujer que funciona sexualmente bien, emite un olor agradable, excitante. Eso debe ser el «perfume» que transpira de su piel debido a que sus hormonas trabajan perfectamente.

—Sigue. Me apasionas.

—Pues bien. Nada más entrar en aquella sala de espera, sentí el olor soso, impersonal, de la mujer que, a pesar de su apariencia externa, está amorosamente muerta por dentro.

—¡Menudo psicólogo estás hecho! ¿Qué sabes tú; de las mujeres? A nosotras no nos ocurre lo que a vosotros. Nuestra escala de valores es muy distinta a la vuestra. Nuestra satisfacción no proviene del hecho de que pasemos un rato en la cama con un hombre. Hay algo más, mucho más, para que estemos verdaderamente satisfechas. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí.

—No es necesario ser psicólogo para saber que has recibido un palo en los dedos, como el que se da a un niño que nada más ver un pastel quiere apropiárselo.

—¡Bobadas!

—Lo que quieras. Ya hemos hablado demasiado de esa mujer que, por ser como es, me preocupa bastante.

—Puedes dormir tranquila, querida. No me acercaría a ella ni con pinzas.

—Dejemos eso. ¿Cuándo salís?

—Pasado mañana. Las dos naves, la nuestra y la rusa, serán lanzadas en el mismo instante. Nos encontraremos en el espacio exterior, acoplando las dos naves antes de «soldarlas» a Mundo Dos.

—Muy interesante; pero ¿y si aprovechásemos el resto de la noche?

— Con sumo placer.

— De acuerdo, Law; pero no voy a soportar a un amante ausente. Si vas a hacerme el amor como antes, mejor es que nos vistamos y nos vayamos a dar una vuelta.

— No digas eso..., ¡ven a mis brazos, tigresa!

CAPITULO III

OCHO..., SIETE..., SEIS..., CINCO...

Buscando una postura más cómoda en el lecho anatómico de la cápsula, Law torció un poco la cabeza, mirando la silueta de su compañera de viaje, al otro lado del tablero de mandos que estaba situado entre ambos.

Laura se había limitado a saludarle con una ligera inclinación de cabeza, sin volver a abrir los labios ni una sola vez más. Ni siquiera en el ascensor que les llevó hasta el extremo del cohete, ni en el interior de la cápsula.

Law se encogió mentalmente de hombros, diciéndose que lo mejor que podía hacer era adaptarse a las normas que había establecido la astronauta, dejando de pensar en ella como mujer, considerándola simplemente como lo que era: un técnico de los cuatro que, en representación de todos los pueblos de la Tierra, iban a inaugurar solemnemente la gigantesca plataforma espacial Mundo Dos.

Es decir...

No, no había tenido ocasión de hablar con Laura como lo hubiese deseado, ya que recordando lo que Mortimer les había dicho aquella mañana, su misión no iba a limitarse, como tampoco lo harían los rusos, a una simple ceremonia de inauguración.

—Mundo Dos —había dicho Peter Mortimer— es algo demasiado importante como para que nos durmamos en los laureles. Está previsto que dos meses después de la inauguración que ustedes convertirán en realidad, los primeros equipos de trabajo, tanto de la Federación Oriental como de la nuestra, vayan a realizar labores de investigación en la plataforma.

Una sombra pasó brevemente sobre el rostro del director.

—Lo que no podemos olvidar —dijo tras un corto y denso silencio— es que la mitad de Mundo Dos ha sido construida por ellos, y que a pesar de la «cordial camaradería» que se estableció como norma general en un principio, cada equipo técnico trabajara en la parte construida por su Federación.

—¿Teme usted que ellos hayan incluido algo no previsto en la construcción de su sector?

—Eso es justamente lo que tememos, señor Freedman. Mundo Dos, si alguien tuviese la mala intención de hacerlo, sería el puesto de mando ideal para dirigir una ofensiva contra el planeta.

—Pero..., en ese caso, ¡podría destruirse!

—¿Desde la Tierra, amigo mío?

—Naturalmente.

Una triste sonrisa se dibujó en los labios de Peter.

—No habría, desdichadamente, nada que hacer.

—¿Por qué?

—Sencillamente: porque los satélites de los cordones de Spatial Defense interceptarían cualquier proyectil procedente de nuestro planeta.

—¿Y los de esos cordones? —insistió el joven.

—Sería la única solución. Aunque, naturalmente, los cordones de satélites soviéticos entrarían en liza, intentando impedir que nuestras armas espaciales alcanzaran la plataforma.

—¡Cielos! Una batalla en el espacio exterior.

—Exactamente: una lucha horrible dirigida por ordenadores, con explosiones nucleares que acabarían por envenenar una gran parte de la capa gaseosa que nos envuelve.

Law lanzó un suspiro.

—No creo que los rusos cometan tamaña locura.

—Tampoco yo, amigo mío. Pero hay otras posibilidades, a su alcance, para apoderarse del control completo de Mundo Dos.

—Entonces, fue un error construir esa plataforma.

—No del todo. Mundo Dos, si las cosas se desarrollan como deben hacerlo, puede constituir una hermosa garantía de que uno de esos ciegos conflictos espaciales no se produzcan. Trabajando juntos, durante meses o años, los técnicos de las dos Federaciones podrán constituir la semilla de una *entente* que todos deseamos. No olvide que desde la plataforma puede vigilarse perfectamente a los cordones, y que ninguna clase de control sobre ellos podría ser más efectivo.

Un corto silencio; luego:

—La parte más importante de su misión, la de ambos, será examinar con todo detalle la parte «oriental» de Mundo Dos. Nadie puede impedirles, durante la inauguración, que se paseen por todas partes. Naturalmente, habrán de obrar con mucha cautela.

—Desde luego.

Una tenue sonrisa se subió a la boca de Mortimer.

—Todos deseamos ardientemente habernos equivocado. Y si ustedes, al regresar, nos comunican que los rusos no han montado nada extraño en la sección por ellos construida, nos consideraremos los más felices de los mortales. Porque ya podremos empezar a pensar en una verdadera era de paz y de convivencia entre los desdichados habitantes de este planeta.

* * *

CUATRO…, TRES…, DOS…

Law volvió de nuevo la cabeza, entornando los ojos.

«Lo mejor —se dijo— es pensar en Nelly. Dejemos aparte a ese pedazo de piedra berroqueña que tengo por compañera de viaje.»

Nelly…

Todavía recordaba sus apasionadas caricias, aquella manera inédita cada vez que tenía que entregarse. Y, por encima de la circunstancia puramente carnal, la viva inteligencia de la muchacha, su amplia cultura.

Sonrió.

Ella se había metido en la cabeza enseñarle algunas palabras de arameo, esa vieja lengua que conoció un gran desarrollo en la época que va desde el año 400 antes de Cristo y el 600 de nuestra era. Un lenguaje que posee la característica de tener muy pocas vocales Y como Nelly le había dicho, la lengua que habló Jesús.

¡Deliciosa criatura, esta muchacha llena de inquietudes, viviendo en una época de vertiente claramente espacial, pero vuelta hacia un remoto pasado de la humanidad!

Le encantaba oírle comentar los textos antiguos, ya que, además del arameo, la lengua en que se había especializado, conocía el griego, el latín, el sánscrito… Y a veces, cuando estaban juntos, amándose, ella le decía en voz baja largas frases en una de aquellas lenguas versos de la *Odisea*, estrofas de Horacio o textos filosóficos de los *Upanishads*.

Ahora, cuando iba a alejarse de Nelly, Law comprendía que estaba sinceramente enamorado de ella. Y se sorprendió al percatarse de que ya antes de salir de la Tierra, pensaba en el momento del

regreso.

UNO..., ¡CERO...!

Un rugido ensordecedor, la vibración colosal de la estructura metálica, pero ninguna sensación de movimiento. Sólo aquella presión contra el cuerpo, producto de la aceleración incesante de los primeros segundos.

Volvió a mirar a Laura. No la distinguía bien, aunque sabía que aquella deformación de la imagen estaba producida por la presión ejercida sobre sus globos oculares. Parte de la sangre de su cuerpo se concentraba ahora en la parte posterior, la de su espalda pegada a la blanda estructura del asiento anatómico en el que se hallaba tendido.

No había hecho nunca un viaje espacial largo, aunque había recibido el entrenamiento adecuado. Además, la astronáutica había cambiado por completo en los últimos lustros.

Ya no era necesario cubrir el cuerpo con aquellos pesados, incómodos y hasta grotescos trajes espaciales. Simples monos, construidos con fibras especiales, prácticamente incombustibles, bastaban para pilotar un cosmonavío. Los otros trajes se reservaban únicamente para las salidas, «los paseos en el espacio», la reparación de averías en el exterior de las naves.

Incluso se podía fumar.

El deseo de un cigarrillo le acuciaba, pero tenía que esperar a que, ya fuera de la atracción de la Tierra, la nave se estabilizase, poniéndose en marcha los pequeños cohetes de propulsión que la conducirían al encuentro de la cosmonave oriental.

«También —pensó— ellos están subiendo ahora, alcanzando la altura necesaria para iniciar su viaje hacia nosotros. Si todo sale bien, dentro de seis horas y doce minutos, exactamente, nos encontraremos en la órbita paralela a la que se encuentra la gran plataforma Mundo Dos.»

Estaba tranquilo.

Y orgulloso. Porque consideraba que era muy importante asistir a la inauguración oficial de la «cosa» más grande que el hombre había construido fuera del planeta.

Era el primer paso hacia ulteriores logros, cuando decenas de plataformas flotasen en el espacio, cobijando gentes de todas las razas y países, haciendo realidad fuera de la Tierra, de aquella maravillosa unidad que la humanidad no había conseguido en su

planeta de origen.

Pero había «lo otro».

La misión delicada y secreta que el director Mortimer les había confiado. ¡No había nada que hacer! ¡Siempre con suspicacias, con recelos y desconfianzas! Sin embargo, todo el mundo sabía que cualquier clase de conflicto generalizado terminaría para siempre con la vida en la Tierra, y que de todas las hermosas cosas conseguidas por el hombre, no quedarían más que un informe montón de ruinas radiactivas.

¡Locura! ¡Demencia!

Un zumbido le hizo mirar hacia el panel de mando situado a su derecha. En la pantalla que reproducía la nave, como las que existen en todos los grandes aviones, la silueta del cosmonavío estaba coincidiendo ya con la línea horizontal del giróscopo.

Con un gesto de impaciencia, Law desabrochó la hebilla automática de su complejo cinturón de seguridad sentándose sobre el muelle lecho.

Lanzó un suspiro de satisfacción, y tras echar una nueva ojeada a los paneles, sacó un cigarrillo, encendiéndolo con verdadera fruición.

—Ya puede usted soltarse, señorita Olson.

La muchacha se desabrochó, acomodándose en su asiento.

—¿Un cigarrillo? —ofreció Freedman.

—No. Tengo que enviar el primer mensaje a la base.

Law se encogió de hombros.

¡La mujer eficiente! ¡El deber primero! ¡El placer luego! ¿Placer? A punto estuvo de echarse a reír. Aquel maravilloso cuerpo estaba desprovisto de sensibilidad Como muchas mujeres. La naturaleza les proporciona cuerpos de diosas y pequeños cerebros de mosquito. ¿La belleza? ¿Acaso no era una sucia trampa que la naturaleza colocaba en el camino del hombre?

No había derecho.

La especie humana seguía rigiéndose por los postulados biológicos de toda especie animal. Belleza en la mujer, fortaleza en el hombre, orientación del deseo hacia lo superficial y aparente…

—¡A sus órdenes! —dijo, con una sonrisa que no lo era tanto.

«Hijo mío —solía decirle Michael cuando estaba en vena de disquisición—, para la madre naturaleza, el cerebro es un estorbo. A ella le interesa que la especie se reproduzca, y sigue utilizando los

mismos argumentos que cuando el hombre apareció sobre la Tierra. Un par de pechos enhiestos o unos glúteos que se balancean graciosamente, tienen mucho más poder que todas las mentes del mundo juntas.»

Law sonrió de nuevo.

—*Espoir* a base. Hemos alcanzado el nivel de órbita de partida. Velocidad y deriva normales. Ambiente interior bajo control. Estado físico de la tripulación, normal. Corto.

Un silencio, luego la voz clara de la base:

—Base a *Espoir*. Mensaje registrado y archivado. Corto.

—No gastan mucha saliva —sonrió Law.

Ella le lanzó una mirada aviesa.

—Han dicho lo suficiente. Saben que no podemos perder el tiempo. Usted y yo tenemos que hablar.

—¿De veras? —se extrañó el joven.

—Sí. En primer lugar, ha llegado el momento de decirle que soy yo quien ostenta el mando de la nave... y la responsabilidad de la operación que usted conoce.

Los ojos de Law se abrieron desmesuradamente.

—¿Qué...? ¿Qué está usted diciendo?

—Lo que puedo demostrar.

—¿Cómo?

Ella sacó de uno de los bolsillos de su mono azul un sobre de materia plástica, del que extrajo un papel, que tendió al joven.

—Tenga y lea.

Freedman lo hizo. Allí estaba, negro sobre blanco, lo que ella acababa de afirmar. El documento, sellado y firmado por Mortimer, daba la responsabilidad entera de la misión, en todos sus sentidos, a la astronauta de los USA, miss Laura Olson. Su compañero debía obedecer escrupulosamente todas sus instrucciones, en las circunstancias que fueran, ya que ella conocía perfectamente lo que debía hacerse.

Law devolvió el papel.

—No lo tome a broma. Todo ha sido perfectamente preparado. Y ahora que ya estamos en vías de clarificar la situación, puedo decirle algunas cosas más.

—¿De veras?

—Sé que mis palabras van a herir su orgullo, pero no importa:

Sepa usted que ha sido elegido entre numerosos candidatos, no por su preparación ni por su inteligencia, sin desdecir con eso a ninguna de ellas, sino por un motivo muy diferente.

—Me está usted dejando boquiabierto.

—He de comunicarle las cosas en su momento oportuno. Y ahora ha llegado el de explicarle por qué razón se le eligió.

—Ardo de impaciencia por conocer mi extraña cualidad que hizo que me eligiesen. No sería por guapo, ¿verdad?

—En cierto modo, sí.

—¡No me diga!

—Su buena presencia física no ha jugado más que un papel secundario, accesorio, pero necesario. Lo que decidió al comité dirigido por el señor Mortimer, fue su fama.

—¿Mi qué…?

—Su fama, sobradamente conocida y probada. Incluso si no comparto lo que de posible valor puede tener su actitud hacia las mujeres, me inclino ante la facilidad con que las… conquista.

—¡Bravo! Así que, si he comprendido bien, se han sopesado más mis aficiones amorosas que mi preparación científica e incluso mi patriotismo.

—Evidentemente.

—¡Pues se han equivocado!

—No lo creo.

—Usted misma es la prueba evidente de que han entrado. He disparado todas mis baterías sobre usted, sin conseguir absolutamente nada.

—No debe extrañarle. Además de prepararme antes, me vacunaron, en cierta manera, contra sus «encantos».

—Lo que demuestra que puedo fallar.

—Todo ser humano falla —sentenció ella—, pero no creo que «ella» se resista mucho.

—¿Ella?

—Irina Fedorovna.

—¿Cómo? —exclamó Freedman en el colmo de su asombro—. ¿La rusa? Es que me han metido en esta nave con el único propósito de que conquiste a esa astronauta rusa?

—Puede decirse que sí.

Law movió la cabeza de un lado para otro.

—¡Están completamente chiflados! ¡Han perdido la cabeza! Aunque, si me hace usted el favor, mi comandante, podría explicarme, si ha llegado el momento de hacerlo, por qué diablos he de conquistar a esa dama.

—Porque debe usted ganarse su confianza, su completa confianza.

—¿Para qué?

—Para que le diga cosas que deseamos saber; para que descubra usted, con sus maravillosas artes, si los rusos han modificado la estructura de sus sector Mundo Dos.

—Ahora comprendo. Mientras yo enamoro a Irina usted se entiende con Igor. ¡Maravilloso!

—¡No diga tonterías!

—¿Cómo? ¿Es que usted no va a ganarse la confianza de ese hermoso ruso?

—Mis instrucciones, a ese respecto, son otras.

—¿Puedo saber en qué consisten?

—Tengo que matarle.

* * *

En uno de los sótanos de la base de Kosmogrado 2, tres hombres: un ruso, un chino y un japonés, representando a los tres países más poderosos de la Federación Oriental, se miraban en silencio, con un vaso en la mano. El ruso bebía vodka; los otros dos daban pequeños sorbos a sus tacitas de saki.

—Entonces —preguntó de repente Liu-Shiu—, ¿podemos confiar en los informes de nuestro agente?

—Nunca he dudado de ellos —repuso Ibrasoff—. La elección del astronauta occidental responde exactamente a la que nosotros hemos hecho con la camarada Irina Fedorovna.

Osaka, el japonés, esbozó una sonrisa.

—Dos fieros espadachines frente a frente.

—Dos especialistas —dijo el ruso—. Irina ha sido cuidadosamente preparada. Engañará a ese donjuán con una facilidad pasmosa.

—¿Entregándole el M-109?

—Sí. Algo que volverá tarambas a los científicos occidentales, dándonos tiempo a proseguir nuestro plan.

El chino se frotó pensativamente el mentón, acariciando la perilla blanca que lo ornaba.

—¿Y Frechenko?

—Con ése estamos aún mucho más seguros. Mientras Freedman envía por mensaje secreto las características del M-109, Igor se encargará de anular a la astronauta americana.

—La más peligrosa de la pareja, ¿no?

—Es evidente. La elección de Law se ha hecho en virtud de una segura conquista de la camarada Irma. Pero el problema reside en Laura Olson.

—Un problema de fácil solución, ¿no es así? —sonrió Osaka.

—Así es. Igor hará durar la cuestión cuanto sea posible; pero, llegado el momento, ¡eliminaría simplemente a la americana!

CAPITULO IV

—¿Ha dicho usted... matar? —inquirió Law, que se había puesto extremadamente pálido.

—Eso he dicho.

—Pero ¿qué significa todo esto? ¿En qué asqueroso mundo estamos viviendo?

—Es usted un pobre iluso, señor Freedman. Nosotros estamos absolutamente seguros de que la sección de la plataforma que construyeron los técnicos de la Federación Oriental contiene elementos no previsto en las estructuras de Mundo Dos.

—¿Qué clase de elementos?

—No lo sabemos con exactitud, pero sospechamos que se trata de dispositivos capaces de provocar la salida de satélites de los cordones de defensa espacial.

—¡No entiendo absolutamente nada!

—Escuche. Usted sabe que existen varios «cordones»; es decir, varias capas del espacio en la que moran satélites militares, dotados con armas nucleares... y otras.

—Nosotros poseemos uno de esos cordones, ¿verdad?

—En efecto, pero los orientales poseen cuatro. Hace cinco años, tras conseguir un serio paso en el desarme de la Tierra, se llegó a la conclusión de que de poco iba a servir terminar con silos y rampas de lanzamiento, si se mantenían sobre el planeta las amenazas que significaban los satélites militares de los cordones.

—Entiendo.

—Se procedió a un primer desarme «espacial»; pero como siempre, los orientales hicieron trampa, y al final de la primera fase, la Federación Occidental se llevó la fea sorpresa de saber que mientras mantenía aún en el espacio once satélites militares, los otros poseían setenta y ocho.

—Ya veo.

—Ahora bien. Si cualquiera de nosotros dos instalas en Mundo Dos un sistema de disparo dirigido de esos satélites, se convertiría en el dueño del mundo.

—¡No me haga reír! Mundo Dos puede ser destruido por satélites del mismo tipo. No hay nadie en el espacio que esté fuera del alcance

de la maldad humana.

—Es usted como un niño, señor Freedman. Naturalmente, que se le puede perdonar, ya que ignora muchas cosas. Sepa usted, señor mío, que la plataforma espacial Mundo Dos está dotada de un sistema de «neutro repulsión».

—¿Qué diablos es eso?

—Un procedimiento que evita que nada puede acercarse a la plataforma: ni cohetes, ni proyectiles, ni satélites. En una palabra, Mundo Dos es prácticamente invulnerable.

—¿Y por qué se hizo invulnerable?

—Muy sencillo. Porque se pensó que algo que pertenecía a todos los países del mundo debería estar fuera del alcance de cualquier locura política. ¿Lo entiende ahora?

—A medias.

—Es usted de una densidad mental elemental. Lo que es explicable, ya que en usted las hormonas anulan las funciones nobles de su cerebro.

Law esbozó una sonrisa picaresca.

—No me tiente, preciosa. Incluso ahora, sabiendo que es usted una asesina en potencia, podría demostrarle que el placer que yo sería capaz de procurarle le haría olvidar todas esas elucubraciones. Déjeme besarla y lo comprobará.

—¡Basta!

—No se enfade.

—No me enfado. Es simplemente... asco.

—Gracias.

—De nada.

Guardaron unos segundos de silencio. Luego dijo ella:

—Voy a aclararle conceptos. Dada la inviolabilidad de Mundo Dos, imagínese que los orientales instalaran en la Base una especie de Estado Mayor. Podrían destruir la Tierra, la parte que les conviniese aniquilar, sin que pudiésemos hacerles el menor daño.

—Si deseasen hacerlo, podrían haberlo hecho ya.

—No lo crea. Los sistemas de detección hubieran intervenido a tiempo. Cualquier nave que se dirigiese a Mundo Dos sería detectada por la parte «contraria», y destruida a partir de los satélites de los cordones.

—¡Menudo galimatías! Pero si hay tantas seguridades...

—Hay más aún. Para garantizar la neutralidad absoluta de la plataforma Mundo Dos, se ha dispuesto un doble mecanismo, doble porque puede manejarse desde Washington y Moscú, que haría imposible la vida humana en el interior de la base.

—¿Cómo?

—Muy sencillo: bastaría que un occidental o un oriental oprimiese un botón, para que se estableciese, en el interior del Nuevo Mundo, una corriente de neutrones en estado especial, semejante a lo que se produce con la bomba del mismo tipo. En ese ambiente de neutrones reactivos, la vida humana es prácticamente imposible.

Law se echó a reír.

—¡Lo que más me gusta es la maravillosa confianza que reina entre las dos Federaciones! —exclamó jocoso.

—Estamos jugándonos la supervivencia de la civilización occidental.

—Y ellos se juegan la supervivencia de la civilización oriental. ¿Por qué demonios no hacer una síntesis de las dos civilizaciones y empezar a gozar de una verdadera paz universal?

—Piensa usted como un niño. Pero ¿se da cuenta de la verdadera importancia de nuestra misión?

—La mía, por lo visto, es la más dulce, ya que se limita a llevarme a la cama a Irina Fedorovna.

—¡Está usted lleno de suciedad! Pero es verdad lo que ha dicho.

Freedman se pasó la mano por la frente.

—Sigo sin entender una cosa.

—¿Cuál?

—Si ellos y nosotros podemos apretar ese famoso botón, matando a los que se cuelen en la plataforma espacial, ¿a qué tenemos miedo?

Un brillo extraño saltó de las pupilas de la muchacha.

—Esa es una de las cosas que no debe usted saber, por el momento —dijo.

* * *

—«Dentro de quince minutos —anunció el locutor de televisión—, podremos ofrecer a ustedes las imágenes del acoplamiento de las naves *Espoir* y *Dacha*, con lo que quedará ultimada la primera fase de

la operación que tiene como objetivo la inauguración oficial de la plataforma Mundo Dos.

Oprimiendo el mando a distancia, Michael apagó el aparato. Junto a él, la joven que estaba sentada en la espesa moqueta lanzó un suspiro de satisfacción.

—¡Menos mal! —dijo—. Creí que ese programa especial no iba a acabar nunca.

El acarició la larga cabellera rubia de la muchacha. Los cabellos eran finos y suaves como hilos de seda, su color dorado llegaba a veces a parecer blanco.

—Se trata de mi hijo, Molly. Lo entiendes, ¿verdad!

—Desde luego. Pero, sabiendo que es tu hijo y conociéndote, ya sé que todo tiene que salir bien.

—¿Es una indirecta? —sonrió él.

—¡Es directa! —dijo ella—. No conozco personalmente a tu hijo, pero si ha salido de ti…

—Ni Law ni yo somos nada extraordinario —repuso Michael con una expresión seria en el rostro—. Lo que ocurre es que somos normales.

Ella hizo un mohín.

—Tienes razón, Mich. Cada vez que recuerdo a esos idiotas entre los que vivía, de bar en bar, de discoteca en discoteca. ¡Me da asco nada más pensarlo!

—No todos los jóvenes son así, preciosa. Lo que ocurre, para la mayoría, es que esta maldita civilización los ha programado, volviéndoles completamente estúpidos. Cuando les veo, matándose los unos a los otros, hablando y pensando de la misma manera, no puedo menos de recordar los R-12.

—¿Qué es eso?

—Una de las primeras series de robots que lanzamos al mercado, hace mucho tiempo, cuando tú eras un bebé. Los robots, todos los de aquel tiempo, respondían exactamente a los objetivos para los que habían sido programados, y no hacían más que lo que estaban capacitados para hacer.

Su mano descendió hasta aprisionar dulcemente uno de los firmes pechos de la muchacha.

—Igual ocurre con los jóvenes de hoy día. Hacen lo que se les ha enseñado hacer: beben, fuman, bailan, hacen el amor…

—¡Si a eso llamas hacer el amor!

—¿Cómo quieres que lo hagan? Ya te he dicho que son como robots. Realizan una serie de gestos, repiten un grupo de frases hechas. ¡Y ya está!

—No ponen ninguna emoción. No saben amar, Mich.

—Es el precio que hay que pagar en una sociedad como la nuestra, pequeña; una sociedad despersonalizada, tan comunitaria y colectivizada como la de la Federación Oriental, que, sin embargo, criticamos.

—¡Un asco!

Alzó la cabeza, acercando su rostro al del hombre. Juntos los labios, ella entreabrió la pulpa de los suyos en un símbolo de entrega.

—¿Vamos? —inquirió con voz trémula cuando las bocas se separaron.

—¡Eres divinamente asediante! —dijo él.

—¡Y tú endiabladamente atractivo! —replicó ella.

Iban a penetrar en la amplia alcoba, cuando Molly alzó hacia el hombre sus grandes ojos rasgados.

—¿Por qué dijiste antes que los robots antiguos obedecían a su programación? ¿Es que los de ahora no lo hacen?

—Claro que lo hacen, pequeña. Pero no es éste un tema que sirva de prólogo a lo que vamos a hacer ahora…

* * *

Oprimiendo un botón, Laura puso en marcha la cámara de TV situada en la proa de la nave, conectada con la antena de la nave rusa. Tras algunos trenzados luminosos, los sistemas de enfoque automático reprodujeron el rostro de una mujer.

—¡Hola! —dijo la muchacha de la pantalla.

—Hola —repuso Laura—. ¿Todo va bien?

—Todo. ¿Y ustedes?

—Perfecto. Estamos separados por una distancia de doscientos kilómetros, aproximadamente. Nuestra velocidad es la prescrita para el encuentro. ¿Y la de ustedes?

—La prescrita.

—Muy bien. Volveremos a establecer conexión con ustedes dentro

de cuarenta minutos. Si desean algo, pueden avisarnos cuando quieran.

—Igual digo, señorita Olson.

—Gracias, señorita Fedorovna.

Desapareció la imagen. Con una sonrisa maliciosa a flor de labios, Laura se volvió hacia Freedman.

—Bonita, ¿verdad?

—Una verdadera preciosidad, aunque lo que he visto no sea más que una ínfima porción de todas las maravillas que faltan por conocer.

—¡Ahórrese la descripciones, por favor!

Law estaba empezando a estar harto de aquella mujer fría, distante, con aquel insoportable aspecto de superioridad.

—¿Y por qué no he de soñar en lo que me espera? Después de todo, ésa es la misión que me has ido confiada.

—¡Guarde sus sucios sueños para usted!

—¡Quiá! Yo, cuando pienso en algo, lo hago en voz alta. Y es lo que voy a hacer. Por el rostro de esa mujer, adivino que debe poseer unos senos estupendos…

—¡Cállese!

—…Unos muslos como columnas de templo griego…

Ella le lanzó una mirada asesina.

—¡Me da usted asco, señor Freedman! Imagino con facilidad que las neuronas de su cerebro están empapadas en hormonas sexuales. ¡Me da usted lástima! Aunque, después de todo, ¿qué puede esperarse de un ser inferior como usted?

Law frunció el ceño.

—¡Alto ahí, señora mía! —gruñó—. Creo que se está pasando, monada. Si hay algo verdaderamente desagradable en una persona, especialmente si es mujer, es la pedantería. ¡Ya conozco las de su clase!

—¿De veras? Me extraña…

—No le extrañe. Por desgracia, no es usted la primera empollona con la que he tropezado. Un saco de cosas aprendidas aprisa, con esa rabia que tienen las mujeres como usted de imitar a los hombres.

—Su machismo no hace más que corroborar que es usted un montón de carne sometida a los caprichos de su sexo.

—¡Diablos! De veras que es usted un bicho raro.

—De una especie absoluta y completamente liberada de las pasiones atadas a la carne.

—¡Esa sí que es buena! ¿Así que no es usted de mi misma especie?

—Me moriría de pena si así fuera.

—¡Cielos! No sé quién demonios le ha metido toda esas estupideces en la cabeza, pero si lo que perseguía era convertirla en una estatua con forma de mujer, lo ha conseguido.

—Estoy orgullosa de ser como soy.

—Desde luego, desde luego. Pero entonces, ¿para que diablos le sirve ese cuerpo de diosa, esos senos, esos...?

—¡Basta! —explotó la muchacha fulminándole con la mirada—. Le ordeno que se calle. Es una orden. Y tengo derecho a dársela.

—Como usted mande, mi comandante —sonrió él.

Empezaba a estar seriamente preocupado. Había conocido las suficientes mujeres para hacerse una idea aproximada de la complicada psicología femenina. Sabía que, por desgracia para la humanidad, eran numerosas las mujeres capaces, en alguna época de su vida de echar el sexo a un lado, sublimando el deseo como lo hubiese hecho cualquier neurótico.

Así era la mayor parte de ellas.

Capaces de anular voluntariamente el apetito sexual marchaban por la vida, sabiendo que poseían algo que los hombres codiciaban, complaciéndose en hacerse desear, lógicas como el más fatal silogismo, frías como un iceberg, mofándose de la debilidad innata del llamado sexo fuerte.

No obstante, el caso de su compañera de viaje le parecía mucho más preocupante. No le cabía la menor duda de que Laura era una chica inteligente en extremo, moderna, con un cerebro incapaz de plegarse a prejuicios y tabúes.

¿Entonces?

Algo malo, terrible, debía haberle sucedido para que se cerrase tan fuertemente como una ostra. Había alzado un muro de acero frente a los hombres, y se refugiaba tras la muralla como un niño asustado.

Freedman tenía la suficiente experiencia con enfermos mentales como para ver a través de aquel muro. Muchos neuróticos recurrían al muro para recrearse en un mundo ideal, creado por ellos mismos,

sin los peligros que el real les ofrecía.

En el fondo, eran inmensamente desdichados, ya que cada vez que se decidían a comunicarse con los demás —no estando acostumbrados a hacerlo— salían terriblemente malheridos, y se ocultaban más y más bajo el caparazón de su angustia.

Sintió pena por Laura, diciéndose que debía cambiar su manera de tratarla. Se trató de tonto al pensar que su ironía podía haber aumentado la angustia de la muchacha.

«Después de todo —pensó—, es muy posible que, hermosa como es, sienta celos de la rusa. Lo lógico, en una pareja como nosotros, es que "algo" inevitable y delicioso ocurriese durante este largo viaje. Pero ella sabe que mi misión es conquistar a la rusa, y eso le duele. Porque tiene que aceptar las órdenes que le han dado. Al hacerla responsable de la misión, han cercenado sus posibilidades de entenderse conmigo.»

Sinceramente arrepentido, se volvió hacia ella y con la mejor y más amable de las sonrisas dijo:

—Perdóneme usted, señorita. Me he comportado como un patán, pero no volverá a suceder.

Ella no se volvió para mirarle, y con una voz neutra rechazó:

—Conozco de memoria sus trucos de conquistador, señor Freedman. De nada va a servirle cubrirse con la piel de un corderino.

Law rechinó de dientes.

¡No había nada que hacer con aquel témpano intelectual!

«¡Que se vaya a paseo!», gruñó para sus adentros.

CAPITULO V

—Soy Igor Evassiovitch Frechenko. Aquí, la camarada Irina Fedorovna.

—Encantada. Soy Laura Olson.

—Y yo Law Freedman.

—Siéntense, por favor. Habían atravesado el estrecho pasillo de comunicación establecido entre los dos cosmonavíos, penetrando en la nave rusa.

Sentándose al lado de Laura, en una de las literas de la nave, Law miró al ruso. Y pensó que Laura tenía que matar a aquel hombre.

¿Por qué?

Prefirió no seguir pensando en ello. Mejor era volverse hacia la soviética, comprobando si sus cálculos previos, a partir de la sola contemplación del rostro, eran o no exactos.

No lo eran.

Sus suposiciones quedaban muy por debajo de la realidad. Si Nelly era una mujer espléndida, Laura una hembra apabullante, Irina iba más allá, en una dimensión donde lo formidable se unía a lo exuberante, lo atractivo a lo sorprendente.

El psicólogo se quedó como el que ve visiones.

Todo lo que Laura tenía de escultura viviente, en la rusa era materia sublimemente amasada: la diferencia exacta entre una obra de Fidias y una de Miguel Angel.

«Después de todo —sonrió Freedman para su adentros—, la misión que me han encomendado no tienen nada de desagradable. Lo único que deseo es que en el interior de ese cuerpo indescriptible, no haya una inteligencia que lo estropee todo.»

Pero no. Le bastó mirar a Irina, que le estaba mirando también, para descubrir en el fondo límpido de sus ojos de un azul purísimo, una promesa de ternura que no nublaba ninguna complicada idea preconcebida. Era saboreó el americano reteniendo un suspiro, el mudo pero luminoso saludo entre dos criaturas que esperan conocerse pronto en la mayor intimidad. La promesa de una mujer que conoce su destino, el mensaje claro, nítido, conciso, de algo que se acepta a *priori*, porque es justamente lo que se está deseando.

«¿Tendrá razón ese cerebro perfecto de Laura? —se preguntó Law

con cierta dosis de inquietud—. ¿Sera sencillamente ese conquistador empedernido, cuya vida se dedica por entero a ir de mujer en mujer? Entonces ¿todo lo demás que posee no es más que vacío?»

Estuvo a punto de despreciarse.

Pero le bastó separar la mirada de la rusa, pensar en Nelly, para que sus temores se alejasen, y al redescubrir su sincero amor hacia la profesora, descubrirse a si mismo su interés por las cosas del espíritu, su fe en la humanidad, su ardiente deseo de que una era de paz universal llegara a ser posible.

* * *

Habían regresado a la nave occidental, esperando alla que el enlace con Mundo Dos se llevara a efecto.

En cuanto estuvieron de nuevo instalados en sus correspondientes lechos anatómicos, cerrada ya la compuerta de paso entre los dos cosmonavíos, Laura, que acababa de encender un cigarrillo con mano nerviosa miró a través del humo a su compañero.

—Lo ha hecho usted muy bien —dijo.

—¿Eh? —inquirió Law, que estaba pensando en su padre.

—He visto cómo la miraba. Fuera de mis ancladas convicciones, tengo que reconocer que es usted un verdadero maestro.

—Pero...

—No disimule, por favor. La falsa modestia le sienta pésimamente.

—Lamento decirle esta vez, señorita Olson, que está usted equivocada.

—No lo creo.

Estaba dispuesto, una vez más, a tratarla con consideración, ya que no podía hacerlo con cariño.

—Si se fijó usted bien —dijo—, fue ella quien me miró.

—Es cierto. ¿Y no era natural que lo hiciera?

—No entiendo.

—Sí, hombre, sí. Ustedes son todos iguales, me refiero a los conquistadores: se hacen los distraídos, como si la persona que les interesa les fuera completamente indiferente. En eso, señor Freedman, ha de convenir conmigo que los donjuanes tienen una base femenina.

—No se equivoca usted. Hace más de un siglo, casi dos, un profesor español, un médico llamado Marañón, lo dijo. Pero vuelvo a decirle que se equivoca. Yo no soy de ésos. Cuando una mujer me llama la atención, la miro a los ojos, sin dilación.

—Y ella a usted.

—¡Naturalmente!

—Y entonces, usted le envía «su mensaje», ¿no?

—Fue ella quien me lo envió. ¡Y qué mensaje!

Laura se puso bruscamente seria. Se volvió hacia él y mirándole con fijeza dijo:

—Si eso es cierto, Law, ¡tenga mucho cuidado! Es posible que la hayan enviado para conquistarle.

El psicólogo abrió la boca, pero no dijo nada. Estaba estupefacto. No por lo que Laura le había dicho: por su aviso, sino porque, por primera vez, le había llamado por su nombre: Law.

¡Le había apeado el tratamiento!

¡Le había prevenido contra la rusa!

«Si eso no son celos —pensó sonriente—, ¡que venga Dios y lo vea!»

* * *

—¿Así que es usted la profesora de lenguas muertas!

—Sí. Me llamo Nelly Flower.

—Eso ya lo sabía. ¿Un trago?

—No, gracias. No bebo.

—Yo tampoco mucho, pero necesito hacerlo, ahora. Estaba esperando la emisión de la tarde. Han dicho, al mediodía, que transmitirían el enlace de las dos naves con Mundo Segundo. —Querrá usted decir con Mundo Dos.

—Eso es. Sólo he visto a mi hijo de refilón. En cada vista que transmitían del *Espoir*, sólo se veía a su compañera.

—Es cierto. Igual me ha pasado a mí.

Michael, que se había servido un whisky, regresando al sillón para sentarse frente a su visitante, esbozó una sonrisa.

—Hermosa mujer, ¿eh? —inquirió con una nota de malicia en la voz.

—¿Se refiere usted a la astronauta americana?

—Sí, a ella me refiero.

—Es una mujer muy hermosa, ¿no es cierto?

—Lo es.

—Aunque yo no me acercaría a ella por nada del mundo.

—¿Por qué no? ¿No hay una flagrante contradicción entre ambas cosas?

—En absoluto. Pero lo que me repele en esa damita no puede decirse. Es un secreto.

Nelly se echó a reír.

—Ustedes, los hombres, son niños en el fondo. Caprichosos, vehementes, excéntricos: exactamente todo lo que aplican a las mujeres.

—¿Puedo decirle algo?

—¡Desde luego!

—Mi hijo tiene un gusto exquisito.

—Muy galante. Pero él afirma haberlo heredado de usted.

—No lo dude.

—No lo dudaba, hasta ahora. Después de lo que me ha dicho respecto a Laura Olson.

El rostro de Michael se ensombreció. Se quedó callado unos instantes.

—¿Cree usted en el flechazo?

—A veces. Encuentro divertida esa expresión que, en el fondo, no quiere decir nada.

—Yo creo en los dos flechazos, el positivo y en el negativo. El que atrae irresistiblemente, y el que aleja definitivamente. El que yo experimento por la astronauta es de este segundo tipo.

—¿La conoce usted?

—Sí.

—Lo había adivinado. Cuando un hombre rechaza a una mujer con esa clase es que sabe mucho sobre ella. ¡No importa! En el fondo, me alegro que sea así.

—¿Por qué?

—Porque si usted y Law se parecen tanto, señor Freedman, existen muchas posibilidades de que él sienta también el flechazo negativo.

Ahora fue él quien se echó a reír.

—¡La comprendo, Nelly! Y por favor, olvide eso de señor

Freedman. Mi nombre es Michael, y Mich para mis amigos. Además, usted y Law... se quieren, ¿no?

—Nos queremos.

—¿Hasta el punto de casarse?

—No lo hemos pensado aún. Tampoco nos importa ese detalle. Al regreso de Law, es casi seguro de que nos vayamos a vivir juntos.

—Me alegraré mucho de ello.

—Gracias. Ahora, por favor, hábleme más de esa Laura. No soy celosa, pero me irrita pensar que Law va a pasar a su lado más de un mes.

Michael sonrió.

—No temas, nada, Nelly. Conozco a esa mujer. Pesa sobre ella una gran desgracia... de nacimiento. No puede amar.

—¿Algún defecto anatómico?

Freedman se mordió los labios.

—Es algo delicado. No hubiese querido tener que rozar un tema como éste —lanzó un suspiro—. De todas manera, voy a decírselo. Laura Olson no es una mujer.

—¿Eh?

—Bueno, he exagerado. Es una mujer, como usted, en cierto modo. Pero nació sin vagina.

—Eso no tiene nada de importante. Una vagina puede reconstruirse quirúrgicamente.

—Lo sé, lo sé, pero le falta todo lo demás. He oído decir que se inyecta enormes dosis de hormonas.

—¡Pobre muchacha!

—Está acostumbrada. Ya le dije que no tenía nada que temer.

—Me da pena. Es algo horrible. Porque con el hermoso cuerpo que tiene...

—Una estatua. Y como ellas..., vacía por dentro.

* * *

—Vamos a acoplarnos a Mundo Dos, señorita.

—Si. La maniobra habrá terminado dentro de veinte minutos. Y voy a aprovechar el tiempo para recordar algo.

—Usted dirá.

—No olvide, por encima de cualquier otra cosa, la misión que le

ha sido confiada.

—No la he olvidado.

—Dejemos las bromas aparte. Debe usted apresurarse en conseguir enamorar a Irina. De los dos, ella es el talón de Aquiles del equipo, de la pareja. Por eso contamos con usted, Law. Una mujer enamorada se torna débil, y es de esa debilidad de la que se aprovechará usted. Ha de conseguir que le diga qué partes de la sección oriental han sido alteradas.

—Entiendo.

—Nuestras sospechas no se limitan únicamente al hecho de que hayan instalado algo para dirigir una posible agresión contra nuestra Federación. Pueden haber colocado algún mecanismo que impida la acción del campo de neutrones, que ya le expliqué.

—Ya veo.

—En esta ocasión, señor Freedman, no se trata de una de sus numerosas e intrascendentales conquistas. Es algo de una importancia vital para todos. Me comprende usted, ¿verdad?

—Sí; pero usted me dijo antes que tuviera cuidado con ella, ya que era posible que su misión coincidiese con la mía: que la hubiesen ordenado conquistarme.

—Es algo que entra en lo posible.

—¿Entonces? Si ella ha recibido instrucciones, ¿cree usted que me revelará algún secreto? Lo más que hará, si está bien preparada, será proporcionarme datos falsos, mecanismos inexistentes.

—Es usted muy listo, Law.

—¡Menos mal! Por lo visto, no soy sólo hormonas.

Ella reflexionó unos instantes.

—De todos modos, creo que saldremos triunfadores. Mientras usted enamora a esa mujer, yo eliminaré al ruso…

—¡Cielos! —exclamó Law—. Lo dice usted con una frialdad… ¿Es necesario que lo haga?

—Sí. Este viaje, tanto para los orientales como para nosotros, es como una partida de ajedrez. Se han colocado las piezas sobre el tablero, asignando a cada una un valor y una misión.

Hizo una corta pausa.

—Usted, por ejemplo, es el alfil, destinado a conquistar velozmente la casilla ocupada por la dama, anulando de esta manera una importante pieza del adversario.

—¿Y usted es el rey?

—Sí. El rey de las blancas, mientras que Frechenko es el rey de las negras. Aunque puede ser que Irina sea otro alfil, lo que le convertiría a usted en la reina blanca.

—¡Lo que me faltaba! Donjuán, feminoide y reina.

—Déjese de bromas. Cuanto más pienso en ello, más de acuerdo estoy con su tesis.

—Gracias.

—De nada. Es muy posible que Irina sea la pieza rusa encargada de una misión idéntica a la que hemos confiado a usted.

—Y sonsacarle. Por fortuna, no sabe usted nada, o casi nada.

—¡Maravilloso! Es usted un encanto diciendo piropos ¿Tan poca confianza tiene usted en mí como para temer que las caricias de la Fedorovna podrían impedirme a revelarle los secretos de Mundo Dos? Porque no me venga usted con cuentos: si nosotros buscamos algo que los rusos hayan instalado en la plataforma, ellos buscarán algo nuestro... ¿O me equivoco?

—¡Son cosas que no le conciernen!

—¡Lo sabía! ¡Qué asco! Por uno y otro lado, no hay más que engaño y traición. ¿Cómo conseguir una verdadera *entente* entre las dos Federaciones?

—Sigue siendo usted el mismo iluso de siempre.

—Prefiero ser iluso. Prefiero no saber nada. Prefiero ser ese mequetrefe conquistador vacío y estúpido. ¡De veras que lo prefiero!

—Es asunto suyo.

La cólera hervía en el pecho de Law. Y la decepción. Y el asco. Como todos los hombres honestos, creía en la buena fe de los demás; estaba seguro de que, por lo menos en su país, había gente que deseaba que todos los absurdos peligros internacionales desaparecieran para siempre.

También sabía, no era necesario poseer dotes especiales para ello, que mucha, muchísima gente de la Federación Oriental deseaban exactamente lo mismo que los habitantes del hemisferio occidental.

La paz, la concordia entre los pueblos, la libertad, el amor de unos hacia otros.

Miró a Laura, mientras que una sonrisa irónica se dibujaba en sus labios.

—¿Algo le divierte, señor Freedman?

—Usted.

—¿Yo?

—Usted y muchos como usted. Mi padre me repitió muchas veces algo a lo que yo no podía dar crédito. Me dijo que todos los infortunios de la gente, toda su maldad, su mal humor, su crueldad, en una palabra, todo lo que hace desagradable la vida de los humanos, proviene de la falta de amor.

—¡Muy romántico!

—Se equivoca. Me refiero al amor, a la unión de dos criaturas, al roce de su carne...

—¡Linda manera de construir una filosofía sobre algo tan repugnante como la fornicación!

—Eso es repugnante, porque eso es lo que hace la mayoría: fornicar, en vez de hacer el amor. Pero óigame usted bien, señorita: ningún hombre que ama y se sabe amado, ninguna mujer en las mismas condiciones, puede hacer daño a otro.

—¡Tonterías!

Law lanzó una terrible mirada.

—Tonterías para usted, pobre mujer..., a la que nunca le han hecho el amor.

Los ojos de Laura lanzaron ascuas.

—¡Imbécil! No volveré a dirigirle la palabra, a menos que no sea estrictamente sobre asuntos de servicio.

* * *

Nelly abandonó la cátedra donde acababa de explicar la lección del día. Sin saber por qué, estaba inquieta, presa de un nerviosismo cuya raíz no podía adivinar. Había dado la clase como siempre, levantando el entusiasmo de sus alumnos; pero, por debajo de las palabras que iba pronunciando, en el subsuelo de su conciencia, algo indefinido no había dejado de molestarla a lo largo de los cincuenta minutos que había durado la clase.

Con los libros bajo el brazo, el ceño fruncido, presa de aquella inexplicable inquietud, pensó, mientras se dirigía hacia la salida del edificio, que lo mejor era encerrarse en casa y pensar en Law.

La noche anterior, en un programa diferido, había asistido al acoplamiento de las dos naves a la gigantesca plataforma espacial. Y

pensó que, a partir de entonces, durante treinta largos, interminables días, Law iba a estar no con una mujer, sino con dos.

Sonrió levemente.

«Tus celos son infundados —se dijo—. Incluso si tuviera una aventura... o dos, no tienes que temer nada. Has leído en sus ojos, todas las veces que has querido, lo que él siente por ti.»

—¡Señorita Flower!

Se volvió, sobresaltada, sonriendo al ver al profesor Sullivan que se acercaba a ella.

—La he asustado, ¿verdad? Perdóneme. Pero deseo hablar urgentemente con usted.

—Muy bien. ¿Vamos?

—¿Afuera? No. Preferiría que charlásemos en la sala de profesores. A esta hora estará seguramente vacía.

—Como usted quiera.

Momentos después, confortablemente instalados en sendos sillones, Alfred se dispuso a hablar.

Sulliwan era el profesor de egiptología. No debía tener más de treinta y cinco años; pero parecía mucho más viejo, con la piel cubierta por profundas arrugas. Quizá lo que más contribuyese a darle aquel envejecido aspecto fuera el color oscuro de su piel, quemada por el sol implacable de Oriente, donde había pasado cerca de diez años, especialmente investigando los maravillosos restos del mundo de los faraones.

Todo el mundo tachaba a Alfred de excéntrico, y algunos llegaban a afirmar que estaba un poco loco. De lo que nadie dudaba era de su enorme cultura en el mundo egipcio, que había investigado mucho más allá que nadie hiciera a lo largo de la Historia.

—No sé cómo empezar —dijo, esbozando una sonrisa tímida—. No quisiera producirle risa, ya que lo que me propongo decirle es muy serio.

—Le escucho, profesor.

—Aunque la voz ha corrido por la Universidad, nadie sabe exactamente a qué clase de trabajos me he consagrado esta última década. Naturalmente, mis libros se refieren únicamente a mis investigaciones históricas y arqueológicas. Pero hay algo más. ¿Me da usted un cigarrillo?

—Con mucho gusto.

—Yo no acostumbro a fumar, pero usted se habrá dado cuenta ya de que tengo los nervios a flor de piel. Y es que es muy duro anunciar a alguien como usted que su… prometido… no regresará del espacio.

CAPITULO VI

Los ojos de Nelly se dilataron tremendamente.

—¿Qué ha dicho usted? —inquirió con un hilo de hoz—. ¿Se refiere a Law Freedman? ¿Dice que no va a regresar del espacio? Perdone, profesor, pero... ¿de dónde ha sacado usted esa descabellada afirmación?

—Ya le dije que iba a provocar su risa o su cólera. ¡Soy un estúpido! Debía haber comenzado por el principio.

—Hágalo. Se lo ruego.

—Bien. Ahora lo llaman parapsicología, pero para mí sigue siendo el «arte de Osiris». Osiris fue, a la vez, el hermano y esposo de Isis, de la que nació Horus. Era el dios de la vida vegetal, pero sobre todo la divinidad de la muerte. Nacía y moría constantemente, en una renovación incesante.

Hizo una corta pausa.

—En los antiguos papiros que encontré, hallé las reglas del arte de Osiris: la forma de comunicarse a través del espacio, lo que nosotros llamamos procesos telepáticos.

—Entiendo.

—Le juro que no lo hice adrede, pero desde hace unos días, mientras usted daba su clase, yo percibí claramente sus inquietudes, sus pensamientos, como si me lo estuviese usted contando de palabra.

Un poco de rosa se pintó en las mejillas de la joven.

—Es algo indiscreto, profesor.

—No tema. Sus pensamientos orientaron mi percepción hacia la lejanía. Fue bastante sencillo. Utilicé la fuerza de sus sentimientos para proyectar mi poder telepático hacia el espacio.

—¿Quiere decir eso que llegó usted a entrar en contacto con la nave *Espoir*?

—Exactamente. Y no sólo con nuestro cosmonavío, sino también, por una especie de rebote, gracias a la mente de su prometido, con la nave oriental.

—¡Verdaderamente fantástico! Y, dígame..., ¿leyó usted algo interesante en el cerebro de Law?

Sulliwan sonrió.

—Algo bueno había de comunicarle, señorita Flower. Ese joven piensa en usted constantemente. Y ansia su regreso...

Al truncarse la frase del egiptólogo, Nelly se puso intensamente pálida.

—¿Es cierto que no va a regresar? —inquirió con voz trémula.

—Me temo que así sea.

—Pero ¿por qué?

—Desearía proporcionarle respuestas concretas; pero, desdichadamente, no puedo hacerlo. Las percepciones que desde allá arriba han llegado hasta mí me demuestras la existencia de dos muertos en ambas naves.

—¿Dos qué?

—Dos muertos.

—¿Muertos? ¿Están muertos? La televisión lo hubiera anunciando. Anoche, vi con mis propios ojos a los cuatro astronautas. ¡Y estaban vivos!

—Dos de ellos, sí. Los otros dos no.

—¡Los cuatro estaban vivos!

—Aparentemente. Mis percepciones no pueden engañarme, amiga mía. Eran tan intensas como claras, aunque el misterio que las rodea no me haya permitido descubrir su motivación. Puede creerme, dos de esas personas son muertos vivos.

—¡Es para volverse loca! Y diga, ¿quiénes son esos muertos vivos?

—La mujer americana y el hombre ruso.

—¿Laura Olson e Igor Frechenko?

—Sí.

Nelly lanzó un suspiro.

—¡Dice usted unas cosas, profesor! Por un momento, pensé que Law era uno de esos muertos vivos. —Se echó a reír—. Le aseguro que la última vez que estuvimos juntos ¡me demostró que estaba vivito y coleando!

—Yo mismo no lo entiendo, señorita Nelly. He recibido esas percepciones, pero no puedo explicármelas. De que lo estoy seguro es de que ninguno de los cuatro regresará a la Tierra.

—¿Tiene pruebas de lo que afirma?

—¿Pruebas? No existen pruebas en el arte de Osiris. Son impresiones, mensajes de cuya certeza no se puede dudar.

Velocísimos contactos con el futuro próximo.

—Me deja usted estupefacta.

—Tenía que decírselo, amiga mía. No hubiera podido resistir los remordimientos, de no haberlo hecho. Ahora estoy más tranquilo.

—No yo, profesor.

Estaba segura de que la mente de aquel hombre vagaba ya por una dimensión alejada de la normalidad. No podía dar crédito a sus palabras. Una cosa era la parapsicología, una ciencia apoyada cada vez en un mayor número de demostraciones... y aquel arte de Osiris que él había encontrado en un pergamino de más de 5.000 años de antigüedad, lleno de misterio y seguramente de falsedades. Empezaba a creer que los rumores que corrían por la Universidad acerca de la pacífica demencia del profesor Sulliwan tenía un viso de verosimilitud.

De todas formas, la entrevista que acababa de sostener le había hecho poquísima gracia. Antes, como cualquier otra persona, sentía la natural inquietud de un viaje al espacio, aun sabiendo la perfección científica y técnica de los medios empleados.

Ahora, tras las turbias palabras de Alfred, experimentaba una nueva angustia, sin base lógica y, por eso mismo, más imprecisa e hiriente.

* * *

Llevaban seis días en Mundo Dos.

Durante aquella primera semana de estancia, Freedman no había tenido tiempo más que para admirar aquel conjunto de maravillas, aquella gigantesca y sorprendente muestra de hasta dónde había llegado la inteligencia y la habilidad de la especie humana.

Se sintió orgulloso de ser hombre, de pertenecer a aquella raza de creadores, de técnicos y de poetas. Porque, en muchos detalles, el interior de Mundo Dos poseía la belleza de un poema, la estructura perfecta de una sinfonía, el colosal acierto estético de una obra de arte.

Había de todo: salas de reuniones, cines, teatros, laboratorios, aulas, comedores inmensos, dormitorios y hasta dos piscinas, junto a los gimnasios, uno para cada sector.

Se notaba en seguida la emulación que cada Federación había

sentido para hacer las cosas mejor que la otra. Pero aquella especie de sano y juicioso desafío había dado el fruto de una obra maestra, de una belleza incomparable.

Ascensores tubulares, silenciosos y rápidos, conducían desde la planta baja hasta el piso 55 de aquel inmenso rascacielos que flotaba en el espacio. Oficinas, despachos, pasillos movientes que llevaban a los humanos sin el menor esfuerzo. Y ni una sola luz visible; un sabio sistema de iluminación indirecta, suave, pero de una dulce claridad, daba al interior de Mundo Dos una atmósfera de paz y de reposo difícilmente descriptible.

—¡Un paraíso fuera de la Tierra! —exclamó Law sinceramente impresionado por lo que iba viendo.

—Es muy bello, en efecto —le dijo la rusa.

Iba con Irina, de piso en piso, de sala en sala, desde las entrañas de la base, donde se ocultaban los gigantescos mecanismos productores de energía, hasta las brillantes cúpulas de las terrazas donde estaban ubicados dos gigantescos telescopios y las campánulas relucientes de los radiotelescopios.

—¿Y los otros? —preguntó Freedman al penetrar en la hermosa piscina del sector oriental.

La rusa se encogió de hombros.

—Están en una sala de transmisiones —repuso—, enviando un informe completo a las bases de América y de la URSS. ¡Se toman muy en serio su trabajo!

—Es cierto. ¡Qué hermosa parece este agua!

—¿Te apetece un baño, Law?

Se tuteaban desde que habían llegado a la plataforma. Ella se lo había pedido, y el americano, al que no le gustaban los formalismos, aceptó encantado.

—Me gustaría tomar un baño. Pero...

—Pero ¿qué?

—No he traído bañador. La verdad es que no pensaba que hubiese algo tan formidable como esto.

Irina soltó una carcajada.

—¿Es el bañador lo que te preocupa? ¡Mira!

Su mano se apoderó del tirador de la cremallera del mono rojo que llevaba puesto, y antes de que Law tuviera tiempo de decir algo, la ropa cayó al suelo, dejando al descubierto el cuerpo desnudo de la

astronauta.

Freedman se quedó boquiabierto.

No había errado en lo más mínimo al intentar adivinar, cuando vio el rostro de Irina en la televisión de a bordo, lo que podía ser el resto. Pero la realidad, ahí, ante él, superaba todas las hipótesis.

Acostumbrado a la belleza yanqui, con aquel desarrollo de mamas que tanto complacía a los americanos, los pequeños senos de la rusa le causaron un primer estupor. Pero no eran únicamente los pechos lo que prestaba a su silueta una figura difícilmente descriptible. El conjunto recordó a Law las pocas mujeres orientales que había tenido ocasión de ver. También se dijo que había en la Fedorovna algo de inacabado, de núbil, esa belleza en esbozo de ciertas adolescentes, que anuncia ya la eclosión de un maravilloso desarrollo.

Paró entonces en mientes, recordando la mirada de Irina, en que también había en sus ojos esa recatada promesa que sólo se ve en las pupilas de las jovencitas; cuando el deseo se cubre de miedos y el ansia se disfraza de incertidumbre.

—¡Al agua! —gritó ella, lanzándose impecablemente a la piscina.

Freedman no vaciló un solo segundo, y desnudándose, se tiró, a su vez, experimentando la delicia del líquido templado que se cerró alrededor de su cuerpo.

Al emerger, vio que Irina se alejaba, hacia el otro lado de la piscina, surcando la superficie en un rápido y brillante *crawl*. La imitó, poniendo toda su energía en alcanzarla, lográndolo justo en el momento en que ella echaba las manos al borde de azulejos.

—Está deliciosa, ¿verdad?

Law no contestó.

Contemplaba, arrobado, el cuerpo de la rusa, al que el agua en la que estaba inmerso proporcionaba preciosas irisaciones verdosas.

«Nunca —pensó—, pudo ver Ulises sirena más hermosa.»

Nadaron un poco más, abandonando después el agua. Al ver que el joven se inclinaba para recoger su mono, con intención de ponérselo, Irina le cogió suavemente por el brazo.

—No. Espera. Vayamos al secador de infrarrojos. Tengo uno en mi cuarto.

El ascensor les llevó al piso 25 de la zona oriental. Cuando Irina posó su mano en el abridor dactilar, las puertas corredizas se

abrieron silenciosa y lentamente.

—¿Te gusta?

La sala en la que penetraron era enorme, con un solo mueble visible, una cama de dimensiones colosales, de forma oblonga. Todo lo demás estaba oculto tras los muros, y bastó que la rusa diera dos palmadas para que los sensores sónicos hicieran abrirse una puerta, dejando ver un sol que, en realidad, era una gran lámpara de rayos infrarrojos.

—Ven.

Se tendieron sobre la moqueta espesa, sintiendo casi en seguida la agradable sensación de las mesuradas y suaves radiaciones que estaban recibiendo.

Law se sintió conturbado ante la proximidad del cuerpo de Irina. Aunque intentaba pensar en las palabras de Laura, le era imposible, al menos en el estado de excitación en que se encontraba, creer que aquella deliciosa criatura estuviese representando un papel convenido.

Se miraron largamente, y el hombre se sintió arrastrado, como por una vertiginosa vorágine, hacia la profundidad límpida de aquellos bellos ojos.

No pudo más. Era incapaz de jugar con las cartas marcadas. Le importaba un bledo lo que pudiera ocurrir después. Se dijo que si se equivocaba, si toda su experiencia anterior no servía para nada, si la pureza de aquella mirada no era lo que pensaba, entonces, lo mejor que podía sucederle era sufrir las consecuencias de su error. No, no podía creer en la maldad de aquella criatura. Y si se equivocaba, su vida no merecía ser vivida.

Por eso empezó a hablar, sin dejar de mirarla. Le dijo que la misión que le habían confiado era conquistarla para sonsacarle los secretos del sector oriental de Mundo Dos. También le dijo que tenía motivos para sospechar que ella y él perteneciesen a la sucia clase de los tramposos, de los cínicos. Y que si eran eso, si habían dejado de poseer las cosas más hermosas que una criatura puede atesorar, lo mejor que podían hacer era escupirse mutuamente al rostro, separándose para siempre.

Ella le escuchó atentamente, sin que la luz cándida de su mirada desfalleciese lo más mínimo. Cuando Law terminó su emocionada perorata, ella le sonrió. Sus brazos se adelantaron, atrayéndole hacia

ella, y cuando los labios de Irina se posaron en los suyos, Law tuvo la impresión de tener en la boca un fruto con la piel perlada de rocío.

Ella no dijo nada, pero su cuerpo estaba dando gritos de deseo. El hombre recorrió con manos trémulas aquel cuerpo, dejando que luego fueran sus labios los que siguieran el trazo dibujado por sus primeras caricias.

No le extrañó en absoluto, cuando finalmente la poseyó, constatar que era virgen.

CAPITULO VII

Como habían quedado de acuerdo, volvieron a encontrarse al sexto día de su llegada a Mundo Dos. Law sabía que Laura le había concedido aquella semana para que pudiera llevar a cabo el trabajo que se le había confiado.

Había pasado seis maravillosos días con Irina.

Y lo que más le alegraba, lo que, cada vez que lo recordaba, le inundaba el pecho de dicha, era de haber descubierto que la rusa era un ser humano como él, una criatura de verdad, para la que el amor se situaba por encima de todas las cosas deshonestas y sucias que los hombres practicaban para luchar arteramente entre ellos.

En los brazos de la Fedorovna comprobó con gozo que su hipótesis era cierta, y que hombres y mujeres, sencillos hombres y sencillas mujeres, nacieran donde nacieran, en oriente u occidente, bajo la bandera de cualquier Federación posible, seguían siendo humanos, universales, como surgidos del común tronco del que procedían.

Irina le había confesado la verdad, de cómo le habían confiado la misión, similar a la suya propia, de sonsacarle los posibles secretos que los técnicos occidentales hubieran instalado en la plataforma espacial.

Y como él, se rió de las pretensiones de los sesudos señores que soñaban con establecer cualquier tipo de hegemonía universal. Juntos sus cuerpos, juntas sus bocas, comprendieron que no existe lenguaje más sincero que el que se expresa con caricias y ternura.

De todos modos, Law no se atrevió a comunicarle la misión que habían confiado a la astronauta americana. No deseaba, en modo alguno, manchar de terror y de asco aquellas limpias horas que pasó junto a la rusa...

Ahora, en la cámara de Laura, evitó la mirada de la mujer, sentándose ante uno de los ventanales panorámicos desde los que se veía la absoluta negrura del espacio, salpicado por las gemas brillantes de los astros y los anchos collares de las constelaciones.

Sentía en su nuca la mirada insistente de la mujer; visiblemente intranquilo, encendió un cigarrillo, justo cuando Laura venía a colocarse ante el sillón que ocupaba.

—Creía que iba usted a informarme en seguida —dijo ella con un tono seco en la voz.

—¿Informarla?

—¡Naturalmente! No creo que haya pasado usted toda esta semana perdiendo lamentablemente el tiempo.

Aquello le hizo gracia, y no pudo por menos que sonreír.

—No he perdido el tiempo.

—Mejor. ¿Ha conseguido algo?

—Todo.

—¿Es posible? ¿Conoce usted los secretos?

—No hay secretos para mí...

—¿De veras?

—...En el cuerpo de Irina. Laura lanzó un bufido.

—¡Sucio individuo...! ¡Guarde para usted los detalles de esos indignos contactos! Me refiero, y usted lo sabe perfectamente, a los secretos que debía descubrir.

—Si se refiere usted a eso, lamento decirle que aún no he conseguido nada.

—¡Nada! ¿Y a qué espera?

Law recordó lo que Irina le había dicho de aquel falso secreto que le habían ordenado le entregase para hacerle creer que había conseguido lo que se proponía.

Miró a Laura, y comprendió en seguida que la maldita igualdad de malicia no podía fallar, que los tramposos de su propia Federación no se podían diferenciar en nada de los tramposos de la otra Federación.

—Irina me ha prometido entregarme mañana el aparato secreto colocado por los técnicos rusos en Mundo Uno. Se llama M-109.

—¡Eso es extraordinario!

—No del todo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que no se había usted equivocado, señorita Olson. Irina recibió órdenes para conquistarme y conseguir nuestros secretos.

—¡Estaba segura!

—Y ahora, a cambio del M-109, ella quiere que le entregue algo. Compréndalo, Laura. Cuando regrese a la Tierra, tiene que justificar su trabajo. Lo mismo que yo.

La astronauta sonrió.

—Lo imaginaba. No se preocupe. Sabíamos que iba a suceder así, y hemos traído en la nave un sistema absolutamente inoperante, falso como una moneda de plomo. Se llama L-13.

—¿Así que también tenían ustedes su cartita marcada?

—Lógico. Obtendremos algo valioso, y, en cambio, entregaremos un falso sistema.

«¡Estás lista!», sonrió Law para sus adentros.

Y en voz alta:

—Algo falso… Eso quiere decir que existe algo verdadero.

—Desde luego.

—¿Qué es?

Ella le miró con fijeza, con los labios apretados. Finalmente, los entreabrió, dejando que su boca dibujara una sonrisa.

—Creo que merece usted saberlo. Ha demostrado saber llevar a cabo un trabajo excelente en un corto espacio de tiempo.

—Gracias…

—Además… ¡Pero no importa!

—¡Hable de una vez! Sea franca. Muéstrese como es. Después de todo, estamos en el mismo bando, y su desconfianza me hiere.

—Lo que voy a decirle no tiene mayor trascendencia, pero deseo decírselo. Me siento atraída hacia usted.

—¿De veras? —sonrió él.

—No lo tome a broma. Me gustaría ser como las otras, una mujer normal.

—Para mí lo es usted.

—No diga eso. De todas formas, como le he dicho antes, lo que yo sienta o piense importa poco.

—Si me necesita…

—Gracias. Aprendí a no depender de nadie, absolutamente de nadie. Pero, como le estaba diciendo antes, creo no cometer una indiscreción al revelarle el secreto de esta plataforma. Existe, es cierto, un mecanismo que colocaron nuestros técnicos cuando construyeron el sector que correspondía a la Federación occidental.

—¿En qué consiste?

—Muy sencillo. Bastará apretar un botón desde la Tierra para que Mundo Dos estalle en pedazos.

—¡No! ¡Es imposible! ¿Sabe usted la inconmensurable fortuna que ha costado construir esta maravilla? Los esfuerzos, la técnica, los

sacrificios...

—Lo sé.

—¡Dios mío! ¡Los hombres están locos!

—Simple prudencia, Law. Nosotros estamos convencidos de que los orientales han instalado un sistema semejante. Es natural. Si un día, en el mañana, se rompiesen las relaciones entre las dos partes de la Tierra, la plataforma sería un peligro, ya que de caer en las manos de una de las Federaciones podría, como ya le he dicho, desencadenar la destrucción de la otra parte del planeta poniendo en marcha los satélites militares de los cordones.

—¡Cielos! ¡Cielos! ¡Pura demencia! ¿Es que no vamos a aprender nunca? Estamos luchando los unos contra los otros desde la época paleolítica. La historia de la humanidad es un río de sangre, de violencia y de dolor.

¿No es hora ya de detenernos? ¿No ha llegado el momento de pensar que la vida humana es demasiado corta para llenarla de sufrimiento y de traición?

Laura movió tristemente la cabeza.

—Yo no soy nadie para pensar en eso. Me limito a obedecer. Ese es mi papel.

—¿Y Frechenko?

Sus ojos se oscurecieron.

—Es un hombre muy peligroso. Una criatura implacable. He visitado la plataforma con él.

—¿Y...? —se atrevió únicamente a decir Freedman.

—Mañana le mataré.

* * *

—Ya sé que no puedes amarme, Law.

—¿Por qué dices eso?

Se inclinó sobre ella, besándole dulcemente los párpados. Era como si rozara con los labios los húmedos pétalos de una rosa.

—Porque amas a otra.

Law lanzó un breve suspiro.

—Creo no haberte ocultado nada, Irina. Te he contado, con toda franqueza, lo que existe entre Nelly y yo.

—Es verdad. Por eso sé que la amas. Lo he leído en tus ojos

mientras me hablabas de ella.

—Eso no quiere decir que no te ame a ti.

—¿Cómo es posible?

—¡Cielos! ¿Es que no te das cuenta? Hemos vivido siglos, milenios, mintiéndonos a nosotros mismos. Descaradamente. Alguien nos ha enseñado a pensar únicamente como parejas. Un hombre y una mujer. Ahí empieza y acaba forzosamente todo. ¿Por qué limitarse de esta manera?

Irina sonrió.

—No intentes engañarte a ti mismo, Law, ni quieras engañarme a mí. Todo lo que acabas de decir no son más que argumentos falsos con los que intentas justificar nuestra situación. Todos los hombres, al encontrarse en un aprieto emocional, buscan razonamientos falsamente filosóficos, arremetiendo contra errores del mundo, de la sociedad... cuando todo es mucho más sencillo.

—No lo creo así.

—Lo es, sin embargo, querido. El papel que yo juego en estos instantes es viejo como el mundo. Soy la aventura.

—No digas eso, por favor.

—¿Por qué no, si es la verdad? Además, lo acepto. Escucha, amor mío. Yo nací en Kiev, en Ucrania. En mi región, además del ruso oficial y del ucraniano, se hablaba un dialecto que sólo nosotros sabíamos. Según parece, esa lengua nos fue legada, hace muchísimo tiempo, por los cosacos del Don que invadieron nuestras tierras. Los cosacos, como todos los trashumantes, son una gente muy sabia, ¿sabes?

—Lo supongo.

—Existe una palabra muy curiosa. Es *amiosha*. Creo que se inventó cuando los cosacos empezaron a pasar largas temporadas lejos de sus pueblos. Se llama *amiosha* a la camisa que el cosaco ha de ponerse cuando la suya, la que bordó su madre o su mujer, se ha roto o está demasiado sucia.

—No entiendo.

—Lo comprenderás en seguida. Por extensión, *amiosha* significa todo lo que uno puede aceptar, de una forma circunstancial y poco duradera. Así, cuando un cosaco tenía a una mujer lejos de su país, se decía que tenía una *amiosha*. ¿Lo entiendes?

—Sí, pero no me gusta la comparación.

—¿Por qué no? Yo soy tu *amiosha*, Law. También las *amioshas* de los cosacos amaban a su hombre tanto o incluso más que sus propias esposas. Pero sabían que cuando ellos regresasen a su casa, ellas se quedarían en sus tierras, quizá para no volverlos a ver más.

Le besó en las manos.

—A pesar de que estamos en otra época, todo sigue igual. Y tú, cosaco del espacio, regresarás a tu tierra, junto a Nelly, junto a la que vivirás para siempre.

—Y tú regresarás a tu país, y conocerás a otro hombre.

Ella denegó con la cabeza.

—Una *amiosha* no vuelve a amar nunca más, Law. En otros tiempos, quedaba marcada. La gente mala la señalaba con el dedo porque había pertenecido a un cosaco, y quedaba confinada en su casa por el resto de sus días.

—Eso era el pasado, querida.

—Para mí, no. Me siento tremendamente orgullosa de mi calidad de *amiosha*. Porque he encontrado un hombre que no me ha ocultado nada, que ha demostrado, desde el primer momento, tener una maravillosa confianza en mí. Y porque mi cosaco —agregó besándole de nuevo— es un hombre distinto, de los que piensan en la dicha de la humanidad como la meta que ha de conseguirse por encima de todo.

* * *

—Le he matado.

—¡Oh!

—Ya no existe. He cumplido con mi misión, Law.

—¿Era necesario?

—Sí.

—¿Dónde está ahora?

—Le he encerrado en una de las cámaras del sótano número seis. Nadie podrá encontrarle en mucho tiempo.

—¿Y las emisiones?

—No se preocupe usted, amigo mío. Cuando emitamos, como lo hacemos todos los días, para la Tierra, su rusa hablará en su nombre, como hasta ahora lo hizo él, mientras ustedes dos...

Freedman, furioso consigo mismo, estaba seguro de que había

enrojecido. Miró furiosamente a la astronauta, prefiriendo guardar silencio.

—¿Es tierna? —insistió Laura con una maliciosa sonrisa a flor de labios.

—¡Mucho!

—No se enfade usted, Law. Preguntaba por simple curiosidad.

El la miró con fijeza.

—La creía incapaz de cometer..., de hacer lo que ha hecho.

—¿Matar al ruso? ¿En qué mundo vive usted, amigo mío? Si él hubiera tenido la oportunidad de tomar la iniciativa, la muerta sería yo ahora. Porque ha de saber usted que se le había ordenado asesinarme. Lo comprobé después de haberle matado.

Freedman abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Eh? ¿Después... de muerto?

Vio que ella se mordía los labios; pero casi en seguida, volviendo a sonreír, dijo:

—Al registrarle, encontré un mensaje en el que se le ordenaba suprimirme.

—¡Estoy asqueado, Laura! Si hubiese sospechado las cosas que iban a pasar aquí, la verdadera naturaleza de nuestra misión, ¡me habría negado rotundamente a salir de la Tierra!

—No sea usted hipócrita. Si no hubiera venido a Mundo Dos, no habría conocido a Irina. Leo en sus ojos la felicidad que rebosa en todo su cuerpo.

Law se mordió los labios.

—¿Puedo preguntarle algo? —dijo ella al cabo de un largo silencio.

—Como quiera.

—Dígame, Freedman..., ¿qué siente una mujer cuando hace el amor con un hombre?

La miró con fijeza. Y de nuevo, sin poder evitarlo, siendo que su alma vibraba de compasión hacia aquella criatura. Como psicólogo, había conocido a muchas mujeres que se hacían la misma pregunta, atadas a sus complejos, ligadas a sus traumas, abocadas a una frigidez escalofriante. Pero nunca había visto a nadie que formulase una crucial pregunta con aquel tono de voz, con aquella vibración de indecible ansiedad.

—Prefiero no hablar —dijo, sabiendo que cuanto dijese no haría

más que acrecentar el dolor de la mujer.

Laura se encogió de hombros.

—Puede que tenga usted razón al callarse. No sé lo que me ocurre, pero llevo unos días turbada, inquieta. Bueno, pasemos a asuntos más serios; ¿le ha entregado la rusa el sistema?

—Sí. Le he dejado en su cabina.

—Le daré el nuestro. ¿Sabe usted que faltaban dos días para regresar?

—¿Sólo dos días?

Ella se echó a reír.

—¿Le parece corto su idilio? Dentro de cuarenta y ocho horas, dirá usted adiós a su rusa, y regresaremos juntos a la Tierra. ¿O preferiría irse con ella?

Había un tono de desafío en la voz de la mujer. Law sintió que la cólera estallaba en su interior.

—¿Y se prefiriese irme con ella?

—No podría usted hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque en ese caso, yo no tendría más remedio que matarle.

CAPITULO VIII

—¿Usted otra vez?

—Perdone. Si le molesto...

—¿Qué ha de molestarme? Pase, pase, señorita Flower. Tome asiento, por favor. Y dígame lo que le ocurre. Se ve que está usted muy nerviosa.

—Angustiada, señor Freedman.

—Quedamos en que me llamaría Mich, Nelly.

—Bien, Mich. ¡No puedo más! Hace dos semanas que no voy por la Universidad; es decir, sólo he ido un par de veces en los últimos quince días.

—¿Está usted enferma?

—No lo sé. No aguantaba más en casa. Por eso he venido a verle. Quiero contarle algo.

—Bien. Serénese. Voy a darle algo de beber. Tranquilícese..., y luego me dice lo que sea.

Momentos más tarde, con la copa en la mano, Nelly le explicó su entrevista con el profesor Sulliwan. Michael le escuchaba atentamente, sin interrumpirla una sola vez.

—Como no podía, mientras daba clase, concentrarme, pensando que el profesor estaba dos aulas más allá. Era como si su mente estuviese leyendo constantemente en la mía. Me entiende, ¿verdad?

—Entiendo.

—Me encerré en casa, sentándome ante el televisor, sin perderme ni una sola de las emisiones que dieron sobre el viaje espacial. Estaba loca de inquietud, y sólo respiraba cuando, de vez en cuando, veía en la pantalla el rostro de Law, aunque apareció muy pocas veces, casi siempre era esa mujer... o el ruso.

Lanzó un suspiro.

—Entonces, en una de las ocasiones en que volví a la Universidad, el profesor Sulliwan me salió al encuentro. Yo no quería verle ni hablar con él. Pero se acercó a mí y me dijo, en voz baja, que de los dos muertos vivos de Mundo Dos, uno de ellos había muerto definitivamente. Le dije que no le creía, y entonces me desafió diciéndome que nunca más vería al ruso en la pantalla...

Miró intensamente a Freedman.

—¡Y Frechenko no ha vuelto a aparecer, Mich!

—Todo eso es muy interesante, y divertido a la vez, pequeña. Voy a proponerle algo.

—Usted dirá.

—¿Por qué no se queda usted en mi casa hasta que mi hijo regrese?

—¡Oh, sí! No quiero volver a estar sola.

—Perfecto. Serénese. Todo saldrá bien. Y, por favor, olvide usted las profecías de ese loco de profesor. Como ve, mi casa es un dúplex. Voy a cederle toda la parte de arriba. Ande, vuelva a casa y recoja todo lo que vaya a necesitar. ¿Tranquila?

—Sí —dijo ella, ya en pie.

Se puso de puntillas y le besó en la mejilla.

—Gracias, Mich.

La acompañó hasta la puerta, y cuando la hubo cerrado, corrió hacia el teléfono, en el que marcó un número con gestos precipitados.

—¿Sí?

—¿Mortimer?

—¿Es Freedman? Le he reconocido por la voz. ¿Qué hay de nuevo?

—Creo que el ruso ha muerto.

—Lo sabemos. Laura envió un mensaje en clave. También sabemos que su hijo se ha salido con la suya. La rusa le ha entregado lo que nos interesaba.

—Perfecto. Aunque ya sabe usted que nunca estuve de acuerdo para emplear a Law en esa clase de trabajo. Todavía estoy arrepentido de haber aceptado, y aún más de no haberle explicado todo antes de que se fuera.

—Todo va a salir bien, amigo mío. ¿De qué se preocupa?

—No lo sé con certeza. Es como un mal presentimiento.

—¡Aléjelo de su mente! Dentro de cuarenta y ocho horas, estará usted de nuevo al lado de su hijo.

—Así lo espero.

—Así será. Escuche, Michael. ¿Cómo demonios se ha enterado de lo de Frechenko?

Freedman le explicó detenidamente lo que Nelly acababa de contarle. Cuando terminó su relato, la voz de su interlocutor se había

endurecido notablemente.

—¿Y dice usted que es profesor de egiptología?

—Sí. Es el profesor Sulliwan.

—Gracias. Muchas gracias.

—¿Qué va usted a hacer? —inquirió Michael, bruscamente inquieto.

—No se preocupe. Puesto que hemos encontrado a un telépata, vamos a llevarle a un sitio en el que pueda trabajar para nosotros.

Y colgó.

Michael permaneció inmóvil durante unos segundos, con el aparato en la mano, un doloroso rictus dibujándose en su boca; después, lentamente, posó el combinado sobre la horquilla.

* * *

—Mi dulce *amiosha*...

Ella le besó dulcemente.

—Ya veo que te ha gustado esa palabra. No pienses en nada más, cariño. Mañana por la mañana nuestras respectivas naves se separarán de Mundo Dos, y regresaremos a la Tierra, por separado.

—Me has hecho muy feliz, Irina. Y aunque no lo creas, te quiero. Mucho más de lo que puedes imaginarte.

—¡Pero si es natural que me quieras! No tiene nada que ver la mujer que te espera en la Tierra. Ahora estamos fuera del mundo, lejos de todo. Por eso nos hemos amado así. Porque seguramente estábamos más cerca de las estrellas.

—¿Me olvidarás?

—Nunca. ¿Y tú?

—¿Tú qué crees?

—Puede que me recuerdes, de vez en cuando... Pero dejemos eso, amor mío. Ven.

Se dejaron arrastrar por el deseo que les espoleaba; pero apenas habían empezado a marcharse cuando una voz sonó en la estancia como un latigazo:

—¡Puercos!

Law se separó vivamente del cuerpo de la rusa, incorporándose de un brinco. De pie, junto al lecho, desnudo, vio a Laura que estaba en el dintel de la puerta, asesinándola con una mirada cargada de

odio y de desprecio.

—¿Cómo te atreves? —lanzó él olvidando todo tratamiento—. ¡Fuera de aquí ahora mismo!

Ella no se movió.

—¡Quieto, imbécil! Ya sabía yo que con tus sucios y repugnantes manejos de macho humano no ibas a conseguir más que saciar tu asqueroso placer.

—¡Fuera!

—¡Idiota! Mira a esa mosquita muerta que está en la cama. Esa mujer que te ha engañado como al último de los cretinos.

—¿Qué estás diciendo?

—La verdad. El aparato que te entregó es completamente falso. Yo lo analicé y no vale para nada.

Sin poderlo evitar, Law soltó una carcajada.

—¡Tiene gracia! ¡Nosotros le entregamos una porquería y ella nos ha dado una mierda! ¡Es para partirse de risa!

—Ríe, ríe mientras puedas. Poco importa lo que nos hayan entregado. Sabemos que esos puercos tienen un dispositivo secreto, como el nuestro. Y puesto que ni esa sucia puerca sabe dónde está, lo que he hecho era lo más correcto.

—¿Cómo sabes que ella no conoce el emplazamiento del sistema oriental?

—Porque lo he leído en su mente. Esa cerda no es más que un montón de carne lúbrica que enviaron para engañarte, imbécil.

—¿Así que eres telépata?

—Mucho más que eso.

—No me extraña. De ti, nada puede extrañarme. Telépata y asesina. Porque mataste fríamente a Frechenko.

Detrás de Law, Irina lanzó un grito.

—¿Muerto? ¿Ha muerto Igor? ¡Cielos!

Laura lanzó una siniestra carcajada.

—¿Qué sabías tú de Igor, estúpida? Desde luego, valía mucho más que tú, que no sirves más que para abrirte de piernas ante el primer macho que se presente.

De un salto, Law se precipitó hacia ella.

—¡Calla, maldita asesina!

Intentó abofetearla, pero se llevó la sorpresa más grande de su vida. Su rostro tropezó con un puño duro como el acero. El golpe fue

tan violento, que salió proyectado, cayendo de espaldas en el rincón opuesto de la estancia.

—¡Pobre idiota! Defender a una zorra como ésa. Aunque nada me extraña en vosotros. De todos modos —y sus ojos brillaron de odio— ninguno de nosotros va a salir de aquí.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que oyes, donjuán de pacotilla. Puesto que no hemos podido descubrir el sistema oriental, no hago más que seguir las instrucciones recibidas. He activado nuestro propio sistema. Dentro de una hora, Mundo Dos saltará en pedazos.

—¡Estás loca!

Algo ocurrió en los ojos de Laura, como si la luz dura que brillaba en ellos se dulcificase bruscamente.

—He estado a punto de perder la razón. ¡Nunca pensé que podría sentir algo! ¡Es curioso! Si alguien supiera que me he sentido atraída por un hombre, que hasta he pensado hacer el amor con él, ¡se moriría de risa!

A punto estuvo Law de volver a sentir lástima por aquella desdichada criatura, pero el aspecto de Laura y el tono de su voz volvieron a ser los de antes.

—Voy a dejaros aquí, palomitos. ¡Haced el amor! ¡Fornicar cuanto queráis! Aprovechad los sesenta minutos que os quedan antes de convertiros en polvo.

La garra acerada del miedo se clavó en el pecho de Law.

—¡No! —gritó—. ¡No puedes hacernos eso! Deja que nos vayamos los tres… En una hora, activando todos los reactores, podemos estar lo bastante lejos de la plataforma para que no nos alcance la explosión.

Ella le miró con fijeza.

—Había pensado dejar que te fueras —dijo—. No a esa perra rusa que debe desaparecer. Pero he reflexionado mejor. Puesto que has sido el único hombre que me ha hecho desear algo imposible, ¡no quiero que ninguna mujer vuelva a gozar de ti!

—¡Estás completamente loca!

—Adiós, Law. Y sigue mi consejo. Aprovecha el poco tiempo que te queda.

—¡No!

Freedman se había incorporado, pero su grito no fue de protesta

ante la dureza implacable de Laura. Había visto a Irina sacar un arma de debajo de la almohada y apuntar a la astronauta.

Su grito llegó demasiado tarde.

El proyectil explosivo explosionó en el pecho de Laura, abriendo un tremendo agujero. Constelaciones de chispas brotaron de su cuerpo, que se desplomó pesadamente.

—¡Cielos! ¿Por qué has hecho eso, Irina?

Corrió Law hacia Laura, seguido de cerca por la rusa, que seguía empuñando el arma.

—¡DIOS!

No daba crédito a lo que estaba viendo. Con los ojos desorbitados, contempló el agujero en el pecho de la astronauta, y en el interior los cables, en complicado enrejado, como una telaraña con hilos de colores.

—¡No es humana! —exclamó Irina, llevándose las manos a la boca.

Law no salía de su asombro.

Pero no cabía duda.

Laura Olson no era más que un perfeccionado robot.

* * *

—¡Corramos!

Ni siquiera se preocuparon de vestirse. Desnudos, abandonaron la estancia, corriendo hacia el ascensor que debía conducirles al sótano, desde donde se dirigirían al hangar donde estaban las dos naves.

Law procuraba no pensar en nada. Sólo la idea de salir de allí, de saltar al espacio, de correr camino de la amada Tierra, le interesaba.

A pesar de la velocidad meteórica del ascensor, le pareció que el vehículo tardaba una eternidad en llegar a su destino.

Salió de la caja, sin dejar la mano de la rusa, atravesando las salas que llevaban hasta el hangar.

Fue al empujar una de las puertas cuando vieron, yaciendo en el suelo, con el pecho abierto, el cuerpo de Igor Frechenko.

Con el pecho abierto... y los cables en el interior; una estructura idéntica a la de Laura.

—¡Era otro robot! —exclamó Irina.

—¡Vamos!

Desembocaron en la sala donde estaban, una junto a otras, en sus tubos de lanzamiento, las dos astronaves.

—¡Vamos! —insistió Law, dirigiéndose hacia *Espoir*.

Irina se soltó de su mano.

—No, amor mío. Vayamos cada uno en su nave. Tú has de volver a tu país y yo al mío. Aquí se acaba la aventura de la *amiosha*. ¿Me das un beso?

La abrazó con todas sus fuerzas. Luego, sin volverse, penetró en el cosmonavío. Por nada del mundo hubiera permitido que Irina viese que estaba llorando.

* * *

—Pero ¿no se puede hacer nada?

—Estamos haciendo cuanto podemos, Michael. Todavía no me explico cómo ha podido ocurrir. Si Law se hubiese limitado a poner en marcha el sistema automático de control, hubiésemos podido, desde la base, dirigir *Espoir*, pero, inexplicablemente, ¡lo ha bloqueado!

—Usted sabía tan bien como yo que mi hijo no es un astronauta. Si emprendió esa aventura, fue por ese absurdo motivo...

—¡Por favor, amigo mío! ¡No escarbemos en la llaga, por favor! Ahora, debemos concentrar todos nuestros esfuerzos en hacer que esa nave regrese.

Michael hizo una mueca, tras la que se ocultaba todo su dolor de padre.

—No nos engañemos, Peter. En el momento en que la órbita de *Espoir* coincida con el cordón de la Spatial Defense oriental, mi hijo se estrellará contra uno de los satélites.

—¡Cállese usted, por favor! —gritó Mortimer—. En la base, los técnicos se están esforzando por conocer las posibilidades de *Espoir*. Por lo menos, ya sabemos que, incluso entrando en esa órbita mortal, sólo existe un peligro concreto.

—¿Sólo uno? —sonrió amargamente Freedman.

—El ordenador no puede equivocarse. El único obstáculo que se opone en la trayectoria que sigue la nave de Law es el satélite militar URSS.19.

—¿Y no cree que es bastante con ese maldito satélite?

Uno de los seis teléfonos que había sobre la mesa se puso a sonar de repente. Mortimer lo arrancó materialmente de la horquilla.

—¿Sí?

Escuchó atentamente. Sus ojos echaban chispas.

—Lo lamento, Mich; pero me temo que su hijo haya perdido la razón.

—¿Por qué dice usted eso?

—Muy sencillo. Lleva diez minutos transmitiendo, pero de forma ininteligible, palabras que no significan nada. Dos palabras, interminable, incansablemente repetidas.

—¡Quiero oírlas!

—Está bien. Voy a hacer que las transmitan hasta aquí. Las han grabado en cinta.

Momentos después, los altavoces del despacho de Mortimer dejaban oír la voz trémula de Law, que, como había dicho el director del proyecto, repetía dos palabras sin significación conocida antigua.

De repente, Nelly abrió los ojos y lanzó un grito.

—¿Qué pasa? —inquirió Peter.

—¡Law, amor mío! ¡Yo también te quiero!

—Pero ¿qué significa todo esto? —inquirió Mortimer con los ojos inmensamente abiertos—. ¿Es que nos estamos volviendo todos locos?

—¡Cállese de una vez, viejo estúpido!

Era Nelly quien le dirigía aquellas duras palabras, fulminándole con la mirada.

—No sé en qué maquinación abyecta ha metido usted a mi prometido, pero mejor es que regrese. Mejor para usted, especialmente. ¿Sabe que Law transmite en lengua aramea? Dos palabras, dos hermosas palabras, que le enseñé.

—¿Y qué dicen esas palabras, hija? —inquirió Michael.

—«Te amo.» Se callaron.

Mientras, la cinta fue repitiendo las dos palabras: un postrer mensaje de un hombre que, allá arriba, iba a penetrar de un momento a otro en la órbita mortal.

—Te amo..., te amo..., te amo...

Echado en su lecho anatómico, Law repetía las dos palabras, con los labios cerca del micrófono. No sabía si Nelly podría oírlas; pero pensaba que alguien en la Tierra las grabaría, y que un día era

posible que se las hiciesen escuchar a la mujer que amaba.

A través de la cúpula transparente de la nave, la negrura del espacio estaba salpicada con las brillantes gemas de los astros. Aquélla iba a ser la última imagen que verían sus ojos.

Había captado perfectamente los mensajes de la base, y sabía que, por algo que ignoraba, su nave iba a penetrar en la órbita donde flotaban los terribles satélites militares de la Federación Oriental. Era la muerte.

Una órbita mortal, salpicada de malditos ingenios que llevaban en sus negras entrañas cargas nucleares. Una estúpida y loca amenaza que los hombres habían colocado sobre sus cabezas vacías.

Morir.

Le dolía hacerlo. Amaba la vida con aquella misma furia que había amado a las mujeres. Y el reciente recuerdo de Irina le llenaba el pecho de dulzura.

—¡Law!

—¡Irina!

—Sí, soy yo, cariño. Me encuentro a unos cinco mil kilómetros de tu nave. He captado los mensajes de tu base. ¿Cómo has podido bloquear el sistema de dirección automática?

—No lo sé, amor mío. Voy a morir, ¿lo sabes?

La membrana del altavoz vibró al recibir la risa cristalina de la rusa.

—No morirás, cariño.

—Sólo un milagro...

—El milagro, tu milagro soy yo, tu *amiosha*. ¿Cómo quieres que deje morir a mi hermoso cosaco del espacio?

—¿Qué quieres decir?

—He cambiado el rumbo de mi nave, amor mío. Todos mis cohetes impulsores trabajan al máximo. A la velocidad que he conseguido, llegaré al cordón oriental sesenta minutos antes que tú.

—¿Qué estás diciendo?

—Sólo hay un obstáculo que se opone a tu camino, a que atravieses indemne el cordón de la Spatial Defense: el URSS-19. ¡Y de ése me voy a encargar yo!

—¡¡¡No!!!

—Cálmate, cariño. ¿Qué más podía pedir yo que hacer algo por ti? Has llenado mi vida de amor y de ternura. Como las antiguas

amioshas, te he visto montar en tu corcel espacial, y te he dicho adiós al verte partir para tu lejano país.

—¡Irina! ¡Por favor!

—Calla, Law. Voy a saltar al chocar con ese maldito satélite asesino. Pero voy hacia el final con el corazón lleno de la dicha que me has dado, con el cuerpo vibrando aún del recuerdo de tus caricias y de tus besos...

—¡¡¡IRINA!!!

—Adiós, cosaco mío.

Y la comunicación se cortó.

* * *

Nelly lloraba dulcemente. Los altavoces habían repetido fielmente cada palabra llegada del espacio, salida de los trémulos labios de Irina Fedorovna.

—Es increíble —sonrió Mortimer—. Desde luego, tiene usted un hijo excepcional, amigo mío. ¡Conseguir que una enemiga sacrifique su vida por él!

De un salto, con el rostro húmedo de lágrimas, Nelly se puso en pie.

—¿Enemiga? ¿Cómo puede usted hablar así, señor? Esa mujer es la criatura más maravillosa que existe. ¡Enemiga! ¿Cuándo van a dejar ustedes de envenenar a la gente? ¿Cuándo van a olvidar sus sucias mentiras, sus frases hechas, sus propósitos abyectos, sus planes maquiavélicos?

Se volvió hacia Freedman.

—¡Vamonos, padre! O nos vamos..., o creo que voy a cruzar la cara de este maldito cretino.

EPILOGO

—¿Feliz, Law?

—Mucho, Nelly. Todavía no puedo creerlo.

—Ha sido espantoso.

—Y sucio. No puedes imaginártelo. Mi padre me lo explicó. Ese idiota de Mortimer le llamó para aclararle lo que realmente había sucedido.

—Era lo menos que podía hacer.

—Vivimos en un mundo horrendo, cariño. Por fortuna, sólo unos cuantos siguen envenenados por su inextinguible odio. Pero, como verás, ya no pueden fiarse de los seres humanos. La gente va abriendo los ojos, y va siendo cada vez más difícil engañarla, programarla. Por eso echan mano a los robots.

—¿Como Laura e Igor?

—Sí. Sólo pueden fiarse en esas horribles máquinas. Aquí, no sé quién las fabrica, pero mi padre, al ver la foto del falso Frechenko, recordó a un sabio ruso que había sido incapacitado por mezclar circuitos robóticos con órganos humanos.

—¡Horroroso!

—Nadie les ha detenido. Ni en Oriente ni en Occidente. La prueba: mientras los rusos creaban a Igor, nosotros fabricábamos a Laura Olson.

Lanzó un suspiro.

—Eran ellos las cartas principales en el juego de los Estados Mayores de ambos bandos; eran los ases, con los que iban a jugar la baza de la destrucción de Mundo Dos.

—¿Y vosotros?

—Irina y yo éramos el cebo. Antes de echar sobre la mesa esos ases de los que acabo de hablarte, ambos bandos deseaban pasarse de listos. Si obtenían los lugares donde estaban ubicados los sistemas de destrucción, podían inutilizar el del contrario, apoderándose de la plataforma.

—¿Y los neutrones?

—Mentira. Laura me lo dijo para impresionarme. Hace años que se ha descubierto el antídoto de la bomba de neutrones que asustó a nuestros padres.

—¡Es maquiavélico!

—Inhumano. Al fallar Irina y yo, entraron en juego las máquinas. Es decir, Laura se adelantó a los orientales, destrozando el robot Prechenko.

—Pero ¿y lo que ocurrió en la alcoba?

Law acarició el sedoso cabello de su esposa.

—Los que fabricaron a Laura quisieron hacerla demasiado perfecta, casi humana. Sin duda incluyeron entre sus circuitos no sólo neuronas, células nerviosas, sino algunas glándulas endocrinas... y hasta, quizá, tejido ovárico. ¡Son capaces de todo!

—Y ella se sintió atraída hacia ti.

—Así es. Estaba completamente desquiciada. La habían programado para muchas cosas, menos, naturalmente, para amar. Pero se equivocaron, como yerran siempre los que intentan imitar a la Naturaleza. Ella se sentía desdichada por la parte de «mujer» que habían colocado en su cuerpo de máquina.

—¡Es una monstruosidad!

—Naturalmente. La hicieron tan perfecta, que nunca adiviné que no era humana.

Le miró intensamente.

—¿La deseaste alguna vez?

—No. Y no porque no fuera excepcionalmente hermosa. Pero había algo en ella que no «encajaba». Era algo que sentía mi alma, como si se percatase del engaño que se ocultaba bajo ella.

—Dejemos eso, amor...; olvidémoslo. Y deja que te dé una buena noticia. ¡Estoy embarazada!

—¡No!

—Sí. Vamos a tener un hijo...; es decir, una niña. Porque estoy segura de que será una niña. ¿Te importa?

—¡Estaré encantado, sea lo que sea!

—Tiene que ser una niña. Porque ya tengo pensado el nombre que le pondremos. ¿Lo adivinas, Law?

—No. ¿Cómo se llamará?

—Irina.

FIN

{1} Absolutamente exacto. La experiencia fue transmitida por TVE.